



A G U S T Í N

P E R Y



¿A qué huelen las nubes de esta novela? Las nubes de esta novela huelen a podredumbre.

El asesinato de un periodista de investigación en la isla de Mallorca y la torpe serie de acciones y reacciones que desencadena sirven como hilo conductor a esta trepidante narración. Un magnífico thriller que retrata —con un estilo conciso y directo, y con gran conocimiento de causa— las relaciones que tejen y anudan la corrupción en España.

Es esta una narración dura —violenta en muchos aspectos— como no podía ser de otra manera, pues la voz del narrador se acerca a la del protagonista principal, un policía nacional curtido en las alcantarillas de la lucha antiterrorista y sobrado de testosterona.

Agustín Pery



Moscas



Título original: *Moscas*
Agustín Pery, 2018

Editor: Vins
Revisión: 1.0
Fecha: 29/08/2019

«Los malvados son como las moscas
que recorren el cuerpo de los hombres
y solo se detienen en sus llagas».

Jean de la Bruyère

UNA HOSTIA EN LA sien. Cuatro patadas en el estómago. Quizá cinco. Las costillas rotas. El cuello quebrado. La cabeza abierta. Los ojos morados. Los dientes desperdigados. Un guiñapo en una escombrera.

Iñaki Altolaguirre olisquea. Recorre el cuerpo. Se detiene en cada centímetro, cada rasguño, cada hematoma, cada herida abierta donde las hormigas se están dando un festín. Antes que ellas, las ratas han devorado la lengua y los globos oculares. «Un atracón de cocochas». No puede evitar sonreír con su ocurrencia. Ahí anda, descojonándose, cuando llega resoplando el bueno de Joan. Un profesional, con guantes. Andanadas de hostias y ni una jodida huella. Ni siquiera de unos zapatos. Joan Planells solo farfulla: «Se va liar parda, pero parda, muy parda, se va a...». Altolaguirre aprecia a su compañero de armas, pero no soporta sus mallorquinadas. Y repetir como un derviche en estado de éxtasis que se «va a liar parda» es una de ellas. Alto, conocedor de su perímetro torácico, lo empinada de la cuesta, su adicción al tabaco y al zumo de cebada, decide intervenir. Poner fin al sufrimiento de su compañero de Homicidios con una frase que clarifique lo que de verdad ocurrirá:

—Quita Joan. Un par de esquelas, un mes de duelo y luego ni dios se acuerda del fiambre. Bueno, quizá le den el Ramón Llull *post mortem*. Ah no, coño, que no era aborigen. Mala suerte chaval. Te quedas sin medalla al mejor mallorquín del año. Tranquilo. Nadie lo va a echar de menos. ¿Qué te juegas a que más de uno lo celebra? Putas y *champagne*. A este mamón lo han matado en cooperativa.

El inspector Joan Planells soltó un bufido. Llevaba cuatro años trabajando con Iñaki Altolaguirre y seguía sin entender el humor negro del navarro con hechuras de pelotari y boca tabernaria. No traga con las formas, pero hace

tiempo que se ha acoplado al fondo. Y sabe que justo ahí, en el fondo, su compañero tiene razón. El tipo que les ha traído hasta aquí es un peninsular. Mala cosa. Un periodista. Peor aún. Un plumilla envalentonado que metía el hocico en todas las putas madrigueras. Con sus gafitas, la mochilita de progre, el boli mordido.

El novato interrumpe con sus vómitos y espasmos la conversación de los veteranos. El chaval está lívido. Intenta disculparse con los vivos por su reacción ante el muerto. «Lo siento. Impresiona verlo así, con las manos atadas y esa cara...». Y lo empeora. Acaba de dar a Alto la oportunidad de darle una lección.

—Chavalote ¿qué haces tú cuando se te encara un guiri borracho? ¿También te acojonan los tatuajes y el olor a birra recién meada? Mierda de crío. Tira, hostia, tira. Y vosotros. A reiros de vuestras santas madres.

PARA CUANDO Alto prepara una ráfaga de insultos vejatorios de esos que le han hecho célebre en la comisaría, nadie en el escenario del crimen le hace ya ni puto caso. Todos están mirando hacia otro lado, justo ladera arriba. La culpa es de la mujer que baja, tacón en mano, por la inclinada pendiente del vertedero. Un reguero de solícitos polis se ofrece a ayudarla a bajar. Ella declina con un gesto. A esta paja no invitará la casa. Alto observa el espectáculo a pie de cadáver. Tiene preparado su discursito especial para togados. Que la niña se lleve una buena impresión, piensa.

—Una pena señoría, una pena. Pobre familia. Dos hijos y viuda. Todavía no me acostumbro y mire que en veinte años de servicio he tenido que levantar muchos cadáveres. En fin, ¿es su primer finado, señoría?

A Alto le gustaba vacilar a las tías buenas, mucho más si encima llevaban toga. Le ponía cachondo. Tan profesionales en sus faldas de tubo, con la melena alisada y las turgentes tetas aprisionadas por una blusa blanca.

—Asesinado sí. Espero que podamos resolverlo pronto. Era periodista de investigación. De los mejores.

—Sí, sí. Un fenómeno. No se preocupe que Joan y yo trincaremos al culpable. Ya sabe que nos tiene a su disposición. Veinticuatro horas abiertos para lo que guste.

—Buenas tardes, agentes.

—Inspectores, señoría, inspectores.

—Es verdad, qué despiste. Inspector Altolaquirre, le deseo que pase un buen día.

Marga Valiente los tenía bien puestos. Tanto como para callar a esos polis con priapismo sin renunciar a las faldas ajustadas, los vertiginosos escotes y los taconazos. Eran, bien lo sabían en Vía Alemania, una jueza cojonuda embutida en un chasis que domesticaba a maderos y derretía a chorizos. Quien hubiera matado al *juntaletras* había tenido mala suerte. Los compañeros de Marga preferían sestear en el Dry, babear con las camareras e irse a cazar perdices con la cúpula de la Guardia Civil. Ella no. Quería ser la mejor porque sabía que era la única forma de demostrar a todos que su premio extraordinario de fin de carrera no lo consiguió bajo la mesa de ningún profesor. Cosas de la España negra que enervaban a la hija del catedrático de Derecho Romano.

Los hubo. Unos cuantos. Lo más variopinto del escalafón universitario. Adjuntos, catedráticos, compañeros con presuntos contactos. Los más comedidos, los que lograban controlar mínimamente su pulsión inguinal, trataban de camuflar sus insinuaciones. Pero eran tíos, sus gestos, sus comentarios y sus patéticas invitaciones a repasar el temario les delataban. Lo peor eran los cincuentones con despacho y el título pomposo de jefes de Departamento. Quizá debería haberlos denunciado, ir con el cuento al rector, pero Marga además de guapa y magnífica estudiante era pragmática. Optó por la táctica del camaleón. No podía ni quería renunciar a sus tetas, pero sí podía camuflarlas. Se tiró toda la carrera y la maldita oposición con pelo de chico, jerséis amplios, pantalones anchos y zapatillas de deportes. El día que leyó la tesis, ese sí, Marga Valiente pasó de patito a cisne. Se presentó vestida con una blusa azul, con dos botones abiertos y unos *stiletos*, regalo de su madre. Y hasta hoy, que marca el ritmo, frenético, de su juzgado sin renunciar a nada porque no tiene ni puñetera necesidad de hacerlo. Ya no. Ahí están los resultados. Las plegarias de los sospechosos por que la instructora de su calvario no sea la aragonesa.

NO FALTÓ nadie. El Cristo de la Sangre sin un banco libre. Era de esos funerales a los que hay que ir. Como si el Altísimo pasara lista. El todo Palma congregado en pleno julio para enterrar al *foraster*. Altolaguirre se puso en modo escáner. Su mirada batía las filas de bancos, escudriñaba lágrimas, le sorprendían los bostezos, se detenía en los cuchicheos y archivaba en la cabeza los rostros sonrientes. No estaba allí por morbo. Buscaba al contratista.

Los de la funeraria habían hecho un trabajo reseñable. De cómo le encontró a cómo le lloraba su viuda había un trecho de formoles, algodones y ceras olorosas. Así daba gusto morir, pensó. Pero ahora tocaba fijarse en los vivos. Muchas caras conocidas: jueces, empresarios, locutores, plumillas, sindicalistas, manadas de políticos. A todos les habían escocido alguna vez sus informaciones. A sus colegas, porque se les adelantó, o porque simplemente tuvo los *güevos* de publicar lo que ellos jamás se atreverían a mandar a rotativa; a los demás, porque les apuntó y tecleó su ruina. Una mosca cojonera. Algunos de los presentes estaban tan muertos socialmente como lo estaba físicamente el del féretro ante el que desfilaba una riada de presuntos dolientes. Como Estadea y la Santa Compañía.

Según un cálculo rápido a vista de poli, la mitad de las más de quinientas personas que abarrotaban el templo se habían acercado para comprobar que efectivamente el redactor de *El Día* no se iba a levantar de la tumba con la grabadora en una mano y un fajo de comprometedores documentos en la otra. Que tanta gente quisiera verlo muerto complicaba la cosa. Aquí no había líos de faldas. El capullo trabajaba catorce horas diarias por un sueldo anoréxico. No tenía tiempo ni de sacar la chorra a pasear. Le podían haber tirado en Cabo Blanco y que pareciera un suicidio, una víctima más de la crisis que había convertido ese acantilado en la Estación Termini de empresarios tan arruinados como desesperados. Aceleraban en la curva y lo siguiente era un amasijo de hierros y carne carbonizada mezclados con salitre. Algún pobre diablo se lanzaba al vacío con el cinturón puesto, para descojone general en la comisaría. A Alto le habría facilitado mucho la vida que se hubiera dejado caer con su Seat León. Pero no, en vez de eso ahora le tocaba aguantar al

delegado del Gobierno, al jefe de Policía y hasta a los de Madrid, empeñados en que resolviera, «cagando pollas» fueron las palabras exactas, el asesinato de Antonio Basquida Cifuentes, periodista y *tocagüevos* principal de la casta local.

Quien ordenó su muerte ordenó también la forma. Con saña. Pura rabia. ¿Un aviso a navegantes? El sicario ni se molestó en ocultar el cadáver. Lo encontró un ciclista alemán al pie de la carretera de Puigpunyent. Estaba rodeado de neveras, troncos de palmeras asaeteadas por el picudo rojo y hasta una moto de agua en uno de los cientos de vertederos ilegales con los que los isleños sorteán las estratosféricas tasas de la incineradora. Y ratas. Enormes. Glotonas. Dándose un festín interrumpido por el teutón y sus colegas de *tour* ciclista. Sí, todo un mensaje: quien destapó tanta mierda acabó sepultada en ella. «Por fin alguien con cojones en La Roca», pensó Altolaquirre mientras el sacerdote glosaba las excelsas cualidades de un tipo al que ni siquiera conocía. Cosas de la multinacional de la fe: especialistas en bodas, bautizos y comuniones. También en funerales de tronío.

Recordó las palabras que le dedicó el jefe en Ruiz de Alda nada más llegar a la isla. «Navarro ¿no? Curtido en el norte. Ya. Pues sepa que Mallorca es Sicilia pero sin muertos. Poco trabajo va a tener aquí Altolaquirre». Jódase, comisario. Ahora ya saben apiolar a los que perturban su paz de sonrisas falsas, miradas esquivas y secretos macerados tras persianas cerradas. Sobre todo, si el cotilla no es de los suyos sino un peninsular llegado a la costa en los 80, cuando Mallorca necesitaba periodistas y acabó reclutándolos en la muy católica y elitista Universidad de Navarra.

Aunque le jodiese, tantos años en la isla habían hecho de Altolaquirre casi un aborigen más. Se estaba adocenando y ahora por fin un caso a la altura de su hoja de servicios. Un poli fajado en los años de plomo de ETA que no se había acostumbrado al retiro dorado en el archipiélago. «Te podrás quitar el verdugo, una bicoca», le dijeron en Madrid. Necesitaba acción, sentir otra vez el sudor en las manos, el frío en la nuca, el corazón acelerado. El subidón de tener cerca a la parca. Como en su Baztan natal, donde los hijos de su hermana Nekane llevan *piercings*, pantalones ajustados, capuchas caladas y fabrican cócteles molotov a la salida de la fábrica. El orgullo del abuelo, el bálsamo que le ayudaba a olvidar el día que su primogénito le dijo que quería ser

txakurra. Altolaguirre nunca volvió al caserío. Ni siquiera para enterrar a la ama. Era un cipayo, un traidor, escoria con placa. La vergüenza de don Fermín Altolaguirre Zarraluqui.

Alto había cribado sus recuerdos, borrado algunos, archivado otros. Como aquella tarde en que forró a hostias a Eneko. El día que la cuadrilla bajó a Pamplona. No recordaba la película, pero sí todo lo que ocurrió al salir. Eneko, grande y fuerte como un roble, bien parecido, las mejillas hundidas, el mentón delineado, un hoyuelo en la barbilla, un aro en cada oreja y los músculos visibles debajo de una camiseta holgada de Kortatu. Todos llevaban camisetas de sus grupos preferidos, *rock* reivindicativo del norte. De ese que no escuchan las pijas del Opus. Pero es que ellos no se mezclan con esos. Comen los mismos *pintxos* pero no en los mismos bares. En los suyos, en los de los buenos euskaldunes, hay huchas de Gestoras, fotos de los gudarís presos por el Estado colonial español, serpientes enroscadas en hachas y lemas que hablan de un país libre de represores castellanos: Euskalherria libre. Por eso todos llevan pantalones ajustados, zapatillas de deporte y sudaderas con capucha. El uniforme de guerra con el que infundir miedo y ocultar el rostro ante las indiscretas cámaras de los cajeros bambeados en gasolina. Sí, las adidas para echar a correr en cuanto aparecieran los beltzas con sus uniformes todo de negro, sus escudos y sus escopetas cargadas con cartuchos de sal. Quizá luego se pasarían por Jarauta para liar una buena, que aprendieran los niños de la capital cómo se las gastan los del valle. Pero primero tocaba invitar a las chavalas a unos potes y dejarlas luego en el autobús. Se sentían héroes, un escuadrón de combate en su día libre. Y entonces lo vieron. Pelo corto, chupa de cuero marrón, camiseta con un mohicano impreso en la pechera, una morena del brazo y la riñonera en la cintura. Poli. Seguro. Siempre con la puta riñonera donde guardan la placa, el cargador y la pistola. Un madero paseando con la novia por el Casco Viejo. Demasiado goloso, demasiado fácil. Eneko soltó del brazo a la Edurne, se plantó en el chaflán del cine y lo soltó: «Txakurra kampa, gora Euskadi askatuta». Pero el poli no hizo lo que otros antes. Lo que recomendaba el minúsculo díptico con el que le obsequiaron en la comisaría nada más incorporarse de voluntario a un destino que no garantiza llegar a pensionista pero sí cobrar un plus con el que adecentar el indecente sueldo. Aquel tipo no estaba dispuesto a «no responder

ante cualquier provocación por parte del entorno abertzale, evitar cualquier situación que pueda poner en peligro su vida o la de los civiles que le acompañen». No aceleró el paso, no se perdió en las estrechas calles, llenas de pintadas y de meadas. Se giró. Soltó el brazo de su novia de ese día, escuchó como esta le suplicaba «Álvaro, por favor, déjalo» y se acercó al mocetón que acaba de llamarle perro. De abajo arriba, con la palma abierta. Eneko se tambaleó, se golpeó contra la taquilla ahora cerrada, entornó los ojos y notó como un hilillo de sangre brotaba de la comisura de su boca entreabierta. Pero no se cayó. Porque el madero le sujetaba de la camiseta rasgada para que no lo hiciera. «Qué, de machito con las zorritas estas». Señaló al grupo de chavales. Gorka, Ekin, Izaskun, la Edurne llorosa. E Iñaki, que le miraba hipnotizado. Le dio dos bofetadas más. No tan fuertes, pero mucho más humillantes. Sin soltarle de la pechera, como un guiñapo encogido. «Anda, llámame otra vez txakurra, échale huevos, que toda la cuadrilla está mirando, hombre». Eneko no lo hizo, porque estaba llorando. El semental que se follaba a todas las del pueblo, el gallito que jugaba a la pelota mano como Titin III, estaba gimoteando, con la cara hinchada, la mejilla violácea, y la boca que no paraba de sangrar. Entonces lo supo. Iñaki Altola sería policía. Para dar hostias como panes, porque ya no habría más Enekos en su vida, chulos de birras en el banco de la plaza. En unos años él sería el verdugo y todos esos capullos sus víctimas.

En el autobús de vuelta nadie chistó. Eneko apartó a Edurne de un manotazo, se encapuchó, dobló las rodillas entre los brazos y no abrió la boca. El lunes no fue a la ikastola, tampoco lo vieron en los billares y nunca más fanfarroneó con cruzar la muga para ver a los jefes en San Juan de Luz. Eneko aceleraba el paso, siempre con la capucha puesta y el móvil apagado. Iñaki lo veía cruzar por delante del caserío y sonreía. No sentía pena por él. Eneko era un mierda, ahora todo el mundo sabía que se arrugó, que bastó una hostia con la mano abierta para que el tigre del Baztan se convirtiera en un gatito asustadizo, quebrado por el bofetón de un poli a la puerta del cine. Eneko tampoco apareció por la plaza a la semana siguiente. Ni a la otra. Lo intentó una vez. Pero las risotadas le frenaron en seco. «Anda, Eneko, dímelo otra vez, que está toda la cuadrilla mirando». Hasta Edurne reía, colgada ahora del brazo de Iñaki. Había nuevo macho alfa en la manada. Las cosas de chicos

pronto fueron de mayores. «Qué Amaya, y tu chaval ¿ya no te ayuda en la carnicería?». «Anda raro, con las vacas todo el día, que no quiere bajar al pueblo. Yo ya lo intento, pero hija, ya sabes cómo son estos chicos, cualquiera les dice nada. ¿Está bien así? ¿No quieres llevarte unas txistorras? Ya sabes que las preparamos en casa».

A Eneko lo encontró su padre en el establo colgando de una viga, con las vacas de testigos. Todo el pueblo fue al entierro. Toda la cuadrilla llorando, abrazados unos a otros. Iñaki no. Ni una lágrima. Porque Eneko fue un mierda. Él no. Él sería el de las hostias con la mano abierta.

En la Academia de la Policía Nacional en Ávila pronto supieron apreciar sus virtudes. No todos los días ingresa un eskaldun. Descartaron prepararlo para infiltrado. De Donosti a Irún, todos en Euskalherria sabían que Iñaki Altolaquirre se había convertido en un cipayo. Hasta pusieron su careto con una diana en todos los frontones del Baztan. Demasiado arriesgado. Alto valía para otras cosas. Tenía la mano suelta y ni un remilgo para forrar a hostias a un detenido. Parecía un poli de los setenta y no de los noventa. A los barbudos les temblaban las canillas cuando le veían aparecer por el cuartucho del piso franco donde los secretas aplicaban métodos más innovadores a la hora de sacarles información. «Egunon, Gorka. Zer poza duzu hemen ikusteko. Zer bisitatu? Eskertu, gizon eskerrik gara». («Buenos días, Gorka. Un placer verte por aquí. Qué, ¿de visita? Se agradece, hombre, se agradece»). Entonces empezaban los golpes en el estómago con el listín telefónico.

Ahora que todas las agendas estaban informatizadas, los policías de la unidad invisible de Alto le daban a las páginas amarillas una segunda vida, casi quitándosela a los interrogados. Alto agarraba fuerte el listín y golpeaba con toda su alma la tripa del hombre esposado tendido boca arriba en un catre. Cosas de la física y de un profundo estudio. Un cuerpo blando golpeando con fuerza otro cuerpo blando produce lesiones internas sin dejar huellas externas. Transcurridos como mucho diez minutos, Gorka pasaba de los insultos y amenazas a la lírica gimoteante de un sobrevenido colaborador policial. Alto era el único en esa sala, y el desdichado Gorka claro, que no llevaba la cara tapada. Necesitaba que el otro lo viera bien, que recordara por las noches cada centímetro de su rostro, que si se levantaba entre llantos y sudores supiera que el verdugo de sus noches en vela era Iñaki Altolaquirre, el

txakurra del Baztan.

TOMEU CIFRE se caló la gorra que protegía del sol su incipiente calva, cerró los puños y apretó el paso. No tenía que haber ido. Toda la homilía con la sensación de que alguien le estaba observando. Sorteó el corrillo de empresarios que fumaba en la escalinata. «Buitres», masculló. «Tan corruptos como yo, tan cobardes, tan taimados», se indultó. «A ellos no les está amargando la vida Anticorrupción. Ya llegará. Aquí, como dijo Cristo, ni uno libre de pecado, que de piedras están las canteras llenas». El corazón le latía desbocado. «Me van a pillar, joder, me van a pillar». Pero tuvo que hacerlo. La Judicial estaba investigando a su constructora desde que el diario destapó los contratos amañados con el *Consell* de Mallorca. Una bacanal de sobres abultados entregados en una gasolinera de Inca. Con la obra pública parada y las promociones sin vender lo último que necesitaba era una orgía de artículos, opiniones afiladas y titulares a cuatro columnas en el diario de Basquida. Intentó parar el golpe, como siempre, incrementando la inversión publicitaria, reuniéndose con el director del rotativo, amenazando con abogados. Incluso tentando a Basquida. «Ni se le ocurra, Cifre, que hoy sale por la puerta pero mañana por la ventana. Lárguese, no me joda». El sueldo de cinco años y el mamón se puso digno. Algo había cambiado en Mallorca. Cuando los frigoríficos estaban repletos a nadie le importaba que un constructor untara a los funcionarios o inundara de Vuitones el despacho de la presidenta insular a cambio de convertirse en el ayatolá de la inversión pública. Pero ya no. Ahora que la gente se come hasta los yogures caducados la cosa es diferente. Es unapestado y Mallorca es demasiado pequeña como para que te señalen. Todo el mundo se conoce lo suficiente como para que de repente ya nadie quiera conocer a nadie.

—¡Uep! Tomeu. ¿Cómo te va?

—Pues igual que a ti, ¿no, Biel?

Ambos sonrieron. Se odiaban como solo se odia en Mallorca. Compartiendo confidencias, despellejando al tercero ausente, coincidiendo en cenas, asistiendo a los mismos actos y, siempre, saludándose tan efusivamente como ahora que coinciden a la salida del sepelio del mayor de sus forúnculos.

—Yo aún me defiendo. Estoy mirando cosas fuera. Hay que reinventarse.

—Yo también, yo también, Biel. Ya veo que eres un pionero. Me han dicho que vas mucho a Brasil.

—Bah, poca cosa, picoteo nada más. Estoy diversificando.

—Bueno, Biel, me alegra saber que te va bien. Me tengo que ir. Le he prometido a Natalia que cenaría en casa.

—Esa sí que fue una buena inversión cabronazo. Pedazo de mujer, siempre lo comentamos. ¿Qué tal está?

—Tan buena como siempre.

—Seguro, no tengo duda de que en eso no me mientes.

—Ni yo que tú tampoco con lo de Brasil.

Rieron. Esta vez como hienas. No se dieron la mano. Bastó con sacudir la cabeza y arquear las cejas. Un adiós a la mallorquina.

Cifre conoció a Natalia en los buenos tiempos, cuando el dinero entraba a chorro y Lehman Brothers era epítome de solvencia y billetera saneada. Él, un madurito interesante, cuerpo cincelado en el gimnasio, moreno de barco y cuentas en todos los bancos de la isla. Ella, un pibón de ojos verdes, curvas perfectas, larga melena morena y la estudiada inocencia de quien a sus veintipocos ya tiene más kilómetros que el Quijote. Para Natalia prosperar pasó por salir del pueblo de la sierra de Mágina para encaramarse con un tanga a una tarima de discoteca mientras centenares de lobos aullaban a su alrededor. Demasiada hembra para jauría tan escuálida. Para Natalia tocar la cima era eso: ser la jefa de azafatas en el crucero caribeño con el que el grupo editorial donde trabajaba Bastida agasajaba a sus mejores anunciantes. Era la pieza más deseada. Quien se la tirara tendría el aplauso del resto de cuarentones que la cortejaban con su catálogo de chistes picantes, ademanes de nuevo rico y confidencias de matrimonios fracasados. Ella sonreía a todos y a ninguno. Sabía lo que se hacía. Modulaba la tensión sexual como nadie y si alguno cayó enfermo de algo en el crucero fue de dolor escrotal.

Cifre, en cambio, se esperó hasta el final. Dejó que el resto acabaran por agotarla como una reala de podencos salidos detrás de la cervatilla. Cuando el buque enfilaba el puerto de Palma, se acercó por fin a su presa.

—Natalia, ha sido un placer conocerte. Has hecho este viaje todavía más agradable.

—Gracias Tomeu. Caramba, pensaba que te lo estabas pasando mal.

—No, ¿por?

—No sé, es que apenas hemos hablado.

—Había cola y no soy de los de coger número. Si quieres ya quedaremos en tierra firme. Te dejo mi tarjeta, cuando te apetezca salir a cenar me llamas.

Ella picó el anzuelo. Por fin un millonario que no se las daba de Tarzán. Le llamó a la semana y a los diez días le estaba dominando, jadeante, en la cama. En tres meses se casaron con todos los pasajeros de aquel crucero como envidiosos testigos de que Cifre se había cobrado la medalla de oro de tan singular montería. Estaba en la cumbre, era el macho dominante.

ABRIÓ la puerta de casa. Tiró la americana de lino sobre la silla. Respiró hondo y recorrió meditabundo el inmenso salón. Nadie parecía haberse percatado de su llegada. «Normal», pensó. Un ático dúplex de cuatrocientos metros cuadrados es lo menos parecido a un hogar. Siguió la luz encendida al final del eterno pasillo. No bajó a ver a los mellizos. Últimamente le daba pereza. Como si su debacle económica le impidiera mirarles a la cara. El macho alfa no podía mantener a sus crías. La cosa pintaba mal. Bulgaria resultó ser un fiasco. Es lo que tiene ir de la mano de los políticos. Son insaciables. Exigen tanto que apenas dejan márgenes. Cifre no era malo, lo habían hecho malo. Siempre pidiendo más, siempre el puto dinero, una licencia atascada, un concurso con peaje, hay que pasar por taquilla porque todos lo hacen. Odiaba cenar con ellos. Ver como lucían el último Hublot cortesía de Construcciones y Promociones Cifre mientras sus mujeres, pintarrajeadas como monas de burdel de carretera, sacudían el Loewe que Natalia se había encargado de elegir para ellas en la tienda de Jaime III las navidades pasadas. Ver como miraban a su joven esposa con displicencia y aires de suficiencia le producía arcadas. Si no fuera tan caro, y tan arriesgado, encargaría más cajas de pino para esa caterva de prohombres de moral laxa y cultura escasa.

—Cariño. No te he oído llegar. Mira, me pillas en la bici, poniéndome tremenda para ti. Oye, estás pálido. ¿Te encuentras bien? ¿Le digo a Irina que te prepare algo fresquito?

—No, deja. Gracias. Vengo del funeral del...

—Ya. Del *juntaletras*. Habrás comprobado que estaba bien muerto, ¿no?

—¡Qué bruta eres Natalia, joder!

—Que le den. No esperes que sienta pena por ese pingajo. A quien le mató le daría hasta el último de mis zapatos.

—No hará falta. Basquida no estaría muerto si yo no hubiera encargado su asesinato. He pagado poco para todo el daño que nos ha hecho.

Se sintió liberado. Ni una lágrima. Sin remordimientos. Sin temblores. No si Natalia aprobaba la ejecución. Creyó ver en su mujer un atisbo de ternura. Se equivocó. Natalia le aferró la mano con fuerza. Apoyó la cara en su hombro. Le besó en el cuello. Siguió haciéndolo mientras deslizaba su mano por la entrepierna. Tomeu se quedó inmóvil. Se dejó hacer. Natalia se arrodilló frente a su bragueta. Le bajó los pantalones y empezó a mamársela. Al minuto, ella gemía de placer con la cara pegada a la pared mientras él la penetraba con fuerza, como un animal, sometiéndola por primera vez en muchos años. Se corrió en su espalda mientras Natalia seguía retorciéndose, puro espasmo. Esta vez seguro que no fingía. Después de tantos años creyendo no estar a su altura, Cifre era de nuevo el rey de la selva. No pudo evitar acordarse de Basquida. Este polvazo se lo debía a él.

A la mañana siguiente tres golpecitos en la puerta le interrumpieron en plenos prolegómenos de un nuevo asalto al fortín rendido de su tigresa. Apartó la cara de los muslos de Natalia. Maldijo a la asistenta. Si no fuera por su mano con los niños la pondría hoy mismo en la puta calle. Natalia cruzó el vestidor que separa el dormitorio del pasillo. Entreabrió la puerta y lanzó una mirada llena de ira a la sirvienta.

—Dime Irina.

—Señora, perdone que la moleste pero preguntan por el señor. Es un policía.

Cifre notó un tirón en la espalda. Se quedó rígido. Paralizado por el pánico. Natalia cerró la puerta de la habitación y se giró hacia su marido, inmóvil en la cama. El león de ayer era ahora, otra vez, un minino acojonado y gimoteante. Clavó su mirada helada en Cifre.

—Tomeu, ahora quiero que te levantes, te vistas y vayas a ver a ese policía. Pero si vas a mearte en los pantalones como una nenaza mejor huye

por la ventana en pelotas. Será menos ridículo que verte plantado delante de él con cara de gilipollas. Haz lo que te digo. Tranquilo y mirándole a los ojos. No sabe nada, no tiene nada. Toca de oído. ¿Me has entendido? ¿Que si me has entendido?

—Sí, Natalia. Ya voy.

—Y deja el cigarro por Dios. Si tuviste cojones para matarlo, teñíos ahora para negarlo.

Cinco minutos después, Cifre abrió la puerta del dormitorio. Miró el largo pasillo que le separaba del cadalso. Respiró hondo y se giró para buscar de nuevo el auxilio de Natalia. Nada. El camisón sobre la cama deshecha y la ducha corriendo mientras en el ipad del baño sonaba, como siempre, «Rolling in the deep».

—Buenos días, disculpe la espera, soy Tomeu Cifre.

—Lo sé. Inspector Iñaki Altolaquirre, de Homicidios. Perdona las horas, pero a quien madruga... Muy bueno el café. Nespresso, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Es Nespresso. Se nota. Siempre se lo decía a mi exmujer. Que lo barato sale caro, pero ella empeñada en comprar sucedáneos en el súper. Marcas blancas, ¿sabe? Creo que lo hacía para darme por culo...

—Supongo que no habrá venido para hacer una cata de café.

Altolaquirre sonrió. Ya lo tenía donde quería. El aire acondicionado a todo trapo y las primeras gotas de sudor surcaban la frente de Cifre. Indicios.

—Tiene razón. Vamos al turrón. ¿De qué conocía a Antonio Basquida Cifuentes?

—¿El periodista? De nada.

—No hombre, así no señor Cifre, así no. ¿Nunca estuvo reunido con él?

—Estooo, ok, sí. Como con casi todos los periodistas de investigación de Mallorca. Últimamente no paran de atosigarme.

—Bueno, Basquida ya ha dejado de tocarle los cojones.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Por ahora nada. Conjeturas nada más.

Cifre intentó sostenerle la mirada. Cruzó los brazos para que Altolaquirre no notara el temblor de sus manos. Otra vez la frente. Una gota de sudor resbaló sobre su ojo derecho. Luego otra. Y otra. Tenía que lograr que el

policía se fuera cuanto antes.

—Mire. Altolaguirre me ha dicho, ¿no?

—Inspector Iñaki Altolaguirre, sí.

—Pues escuche inspector, si quiere oírme decir que lo siento va dado. Era una rata, un capullo que iba de cruzado. El pope de la ética. Me importa un carajo que esté muerto. Es más, se me ocurren unos cuantos más para hacerle compañía y no por eso los voy matando.

—No, usted no. A Basquida se lo cargó un profesional.

—Pues tampoco voy encargando este tipo de trabajos.

—Ya supongo.

—Oiga, se cuele en mi casa, se sienta en mi salón y me hace insinuaciones que no tienen ni pajolera gracia. Si tiene algo de lo que acusarme, hágalo ya y si no, ya se está largando.

Sí. Justo donde quería. Alto llevaba demasiados interrogatorios de etarras encima como para que ahora le fuera acojonar un empresario de verbo florido y piernas temblorosas. Por eso, porque ahora está crecido, ha llegado el momento de bajar el suflé de su autoestima.

—Por cierto, ¿sabía que Basquida llevaba un diario? Me lo han enseñado sus colegas de redacción. Todo anotado con letra de colegio de pago. Se han cabreado mucho cuando lo he requisado. Son insaciables. Querían hacer un serial, ya sabe, en plan homenaje tremendista. Hasta decían que seguro que interesaría a alguno de los periódicos de Madrid. Le haré llegar una copia a su oficina. Igual así cambia de opinión y me invita a otro café. Ah, por cierto, ¿sabe que proferir amenazas por teléfono es un delito? También está grabado. Que pase un feliz día.

Cifre no tuvo tiempo de derrumbarse. Natalia estaba apoyada en una de las columnas que flanquean el salón. El pelo aún mojado, los pies descalzos, la mirada fija, fría. Ni un tablón al que aferrarse en medio del naufragio.

—Va de farol. No tiene nada. No sabe nada. No le dirás nada. ¿A quién se lo encargaste?

—Serguei. Un búlgaro.

Ahora la poli parecía ella. Seca, directa, sin piedad. Implacable. Una loba protegiendo a su camada que seguía durmiendo en la planta de abajo.

—Quiero que vayas a verlo.

—¿Estás loca o qué?

—Nunca lo he tenido tan claro. Ven al dormitorio y lo hablamos. Los niños se levantarán pronto y no quiero que te vean así. Das pena.

Altolaguirre bajó los diez pisos andando. Parte de su plan casero para mantenerse en forma y domesticar su incipiente barriga. No había puesto un pie en el Paseo Marítimo y sonó el teléfono.

—Es usted increíble, cómo se le ha podido ocurrir...

—Buenos días jefe, ¿qué se le ofrece?

—... Se cuela en la casa de un constructor conocido y le acusa de encargar un asesinato. Me ha llamado hecho una hidra. Quiere que le pidamos disculpas. Es amigo, hombre, de toda la vida.

—Ya. ¿Entonces lo paro todo porque es amigo suyo?

—Alto, vaciles ni uno. Perfil bajo. Hágame caso. No quiero otro escándalo y menos con un empresario conocido. No se me embale que si se equivoca no le podré salvar el culo.

—No se lo he pedido.

—Alto...

El inspector colgó el móvil. Se encendió un pitillo. Tres bocanadas después tenía claro su plan. Discreto, a gusto del lameculos de su jefe. Seguiría a Cifre allá donde fuera. De pinchar el teléfono nada de nada. Circunstanciales, meras conjeturas. Eso diría la jueza. Daba igual. El olfato no le había fallado jamás. No cuando buscaba contrabandistas en la muga con Francia, tampoco a la hora de trincar etarras. Si olía, mordía. Siempre. En Mallorca también. Jodidos isleños, pensó, son como los Borbones, solo folian entre ellos. Y el comisario, como siempre, dispuesto a darle por culo. No se iba a dejar. Tenía un fiambre y ninguna gana de cargar con él. Ni de coña. Cruzó por delante de la discoteca enseña de Palma. Una mole enorme de decoración caótica y hortera con, eso sí, hermosas vistas a la bahía. La Sodoma y Gomorra de los cachorros de la élite palmesana que solo allí se juntaban con los *quillos* del extrarradio. Ahí, entre excesos de alcohol y drogas, los pobres soñaban con follarse a las ricas mientras el dueño del imperio hacía caja. A Alto le caía bien. Aunque solo fuera porque Caries Bauzá intentaba sin éxito disimular su inabarcable perímetro abdominal con las camisas hawaianas más espantosas perpetradas jamás por algún diseñador

daltónico puesto hasta las cejas de éxtasis. Sí, le caía bien. Porque un día le dijo que le quería conocer. Se citaron en uno de sus restaurantes presuntamente argentino con parrilleros filipinos y carne chutada con clenbuterol. El pelo teñido de cobre, la ridícula coleta de calvo que se niega a reconocerlo, las toneladas de colonia empalagosa y los dos gorilas esclavos le conferían un aspecto de narco poligonero que a Alto le hizo descojonarse por dentro. Caries quería medirlo. Saber si era un poli domesticable o un cruzado llegado de la Península dispuesto a quebrar la *pax* mallorquina. La que presidía sus partidas de póquer con el alcalde y el concejal de Seguridad. Él se dejaba ganar y sus bailarinas manosear por los políticos de misa dominical y catre semanal. Es verdad que empezó con la coca. Apenas unos años. Los suficientes para hacerse con un capital con el que iniciar su imperio del ocio nocturno. Luego traspasó el negocio nasal a su socio y se centró en el otro, el que le reportaba cantidades ingentes de dinero líquido cada fin de semana sin los peligros de tratar con los paisas colombianos. Amasó tanta pasta que en época de crisis inmobiliaria era el niño mimado de los bancos. A Caries las cosas le iban cojonudamente y no era cuestión de que Alto le meneara el panal si cuatro mazaos de su tropa se ganaban un sobresueldo vendiendo pastillas de colorines a la imberbe clientela. Descubrió que además de faltón y con un humor hiriente, el navarro era también un tipo cabal. Se la traían floja los negocios de Caries siempre que no hubiera plomo. Sin balasera ni puñaladas, por él todo correcto. Era de Homicidios y los galones de Antidroga se los tenían que ganar esos gilipollas con sus escuchas, sus soplones y sus aprehensiones hollywoodenses al gusto del fiscal jefe.

—Bah, Caries, me la sudan tus negocios. Pero podemos ser amigos. Necesito unas buenas orejas y las tuyas son como las de Dumbo.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Macho, que me la siga sudando todo, incluso tus camisas de flores. En un país serio, solo por eso estarías entre rejas.

Lo dicho, que se cayeron bien. Además, era la primera vez que la comida entre el empresario y un azul no terminaba con un sobre encima de la mesa rodeado de migas y empapado en gotarrones de salsa chimichurri.

Dos días después de su visita a Cifre, Alto recibió una llamada en su móvil. Era Caries.

—Alto, ¿cómo te trata la vida?

—Peor que a ti seguro.

—No sé, no sé. Luchando, Alto, muchas familias que mantener...

—Las de la carcienda política sobre todo.

—Calla, calla, que igual tengo el teléfono pinchado.

—No creo, ya te habría avisado el fiscal jefe. ¿Sigue teniendo querencia por las putas argentinas de tu burdel o está explorando otros continentes?

—Cómo sos boludo. Donde esté el tango que se quite la polka.

Ambos rieron.

—¿Qué se te ofrece?

—Menuda burrada lo del periodista, ¿no? Aquí, en la isla de la calma.

—¿Lo conocías?

—Joder, ¿estás espeso o qué? Cómo no lo iba a conocer. Ya sabes lo que decimos en la Roca: «No critiques a un mallorquín en el desayuno porque te lo encontrarás a la hora de comer».

—Ya. Bueno. Qué pollas quieres. Además, el periodista no era de aquí.

—Como si lo fuera. Este navarro era más sociable que otro que conozco. Se hizo a *nostra terra*. Hasta se casó con una mallorquina.

—Pues que lo hubieran enterrado en la catedral. Venga, Caries, que ando de curro hasta las putas cejas.

—A Basquida lo apioló un profesional. Fijo.

—Mecagoen... ¿qué, te quedaste anoche viendo CSI? Vete a la mierda.

—Espera, hostia. Eres insufrible. Que mires en Son Gotleu. No sé más. Pero esto no es cosa de gitanos ni de negros. Me da que tienen que ser gente del este. Son los únicos que aceptarían ese tipo de encargos.

—Ya. Algún nombre en concreto.

—No hombre. Los muertos no comen, no beben y te confirmo que tampoco folian. No son rentables para el negocio. No suelo encargarse este tipo de trabajos, amigo. Es que tengo dos antenas por orejas, nada más. Me lo dijiste tú, ¿recuerdas?

—Ahora eres el Gandhi de las discotecas, no te jode. Venga, a tomar por culo Caries.

El discotequero tenía razón. Los cojones para matar, la saña en el modo de hacerlo y tirar el cadáver en un vertedero ilegal sin molestarse en enterrarlo

era cosa de esclavos. Alto sabía que un sicario colombiano le hubiera dado dos hostias y terminado la faena con un tiro en la frente. Un rubio, no. Ellos gustan de demostrar que la genética les ha dotado de un arma mucho más poderosa. Sus manos son dos yunques. No como los putos jíbaros, que no tienen ni media hostia. Además, con puños y guantes no hay huellas, ni munición ni arma que rastrear.

JOAN PLANELLS le dio una colleja. Era el único a quien Alto se lo permitía. El único amigo de verdad que tenía en la comisaría. El único a quien le diría que le cubriera en un tiroteo.

—Qué, dándole al tarro. Ten cuidado no sea que te dé un vahído.

—¿Cómo andas de puesto en sicarios del este?

—Espera que miro en la agenda. Creo que los tengo ordenados alfabéticamente. Con especialidad y todo. ¿Pero eres gilipollas?

Alto le contó la llamada, anónima claro, que acababa de recibir. Joan, ahora sí, se dejó de coñas y atendía a las elucubraciones de su amigo.

—Vale. Me cuadra. Obviamente no vas a encontrar un buzón en el barrio que ponga Ivan Ivailov, sicario, especialista en palizas mortales. Me voy a ver a los Gypsy Kings y tú sigues a Cifre.

Planells golpeó la puerta del piso. Se había plantado en la barriada en coche camuflado. Por tocar los *güevos*. Para que los raterillos se pusieran chulitos, le lanzaran algún recadito tipo «cómo molan esas llantas» y luego asomar la placa y la pistola que llevaba colgando del cinturón. Les cambiaba la cara, maldecían a sus muertos y salían escopeteados con tiempo para oír a Planells advertirles de que si le rayaban el coche les corría a hostias hasta la comisaría. Era su momento Torrente. Hasta le imitaba: «Vamos chavalotes, nos hacemos unas pajillas».

Volvió a golpear la puerta. Le abrió una gitanilla, guapa a rabiarse, con una criatura colgando de la teta. No tendría más de 16 años y ya había puesto culo. Lástima, pensó.

Raimundo Amaya estaba en el salón o lo que fuera esa sala festoneada de marcos dorados con fotos de todo su clan. El sofá, dorado, por supuesto, iba a juego, es un decir, con la mesa. El baño de oro llegaba hasta unas patas de

elefante. Solo la tele, una Loewe de 70 pulgadas, quedaba a salvo de la orgía amarilla. Como si el Rey Midas se hubiera meado por toda la habitación. Planells se sentó frente a él y le ordenó bajar el volumen de la tele.

—Joder, jefe. Estaba viendo un documental. Cómo me gustan los leones. Son listos estos cabrones. Ellas a cazar y ellos mientras tocándose la polla.

—Como tú, vamos. Porque sigues de baja, ¿no?

—Es que tengo unos dolores que no puedo ni echar un polvete, maestro. No sabe lo que es. Estoy jodido, se lo juro.

A Raimundo los problemas de espalda le empezaron media hora después de entrar a trabajar en Emaya. A dos de sus hijos también. A todo el clan les diagnosticó, previo pago, un médico de Son Espases un pinzamiento lumbar con pronóstico grave. ¿Tiempo de baja? Pues dependiendo de la coima.

En la empresa municipal de basuras tampoco les iban a echar de menos. Por orden de muy arriba, les habían asignado el turno de noche, conduciendo los camiones. El salario más alto de la empresa era el de chófer y más con la nocturnidad. El problema, una chorradita en realidad, es que los Amaya no tenían carné de conducir. No pasaba nada. Si los jefes de Son Gotleu querían ponerse de baja, nadie en el Ayuntamiento iba a privarles del gusto.

Porque el poder del patriarca de los Amaya residía en que abría su boca y todos los gitanos obedecían sin rechistar. A izquierdas y a derechas supieron ver su potencial. Raimundo Amaya, iletrado, verborreico y cuyos intereses se reducían a echar un polvete y casar a sus niñas, movilizaba a su gente y todos a una votaban a quien dijera el anciano. Había tecnificado tanto el *pay per vote* que dividía salomónicamente las papeletas. Un tercio para el PP, otro para el PSOE, otro para UM. El modo de pago variaba desde los jamones ibéricos que llegaban a la barriada en una furgoneta conducida por el seguidor socialista, hasta los cien euritos por cabeza que aflojaban los pseudonacionalistas de UM o los peperos. Unas y otras siglas sabían que para el núcleo duro de los Amaya se reservaba el premio gordo: un puesto en Emaya. Paco Torres, evidentemente, sabía que los pata negra también gustaban en casa de los Amaya. El almeriense cuidaba al patriarca. Es verdad que se preocupaba de comprobar que cumplía su palabra y los quinientos votantes presuntamente socialistas llegaran a tiempo con su papeleta marcada con el puño y la rosa. Aguantaba estoico las bromas de los gitanillos sobre su

peluquín pelirrojo. Torrezno le llamaban con toda su mala hostia cargada de ingenio. Soportaba con una sonrisa las cíclicas quejas de la tribu sobre la calidad del producto —que si estaba salado, que si es de recebo— y regateaba como podía las peticiones más peregrinas de su peculiar electorado. Llevaba grabado a fuego el consejo que le dio su mentor en el oficio de recolector de votos: «Estos, si les das la mano te cogen la polla. Distancia Paco, distancia». Total, era un mes de curro a lo sumo. Mucho más de lo que había trabajado en toda su vida. Cuando con veintipocos perdió el pelo, alopecia por genética materna, y ya era demasiado cantoso seguir cobrando el PER, el bueno de Paco dejó a sus padres olivareros en Albánchez de Mágina y emigró a Mallorca. Descubrió pronto que todo era cuestión de saber conjugar los tiempos verbales. Mejor servirse del sindicato que servir mesas. Se afilió, medró, y en apenas un año ya era el delegado sindical de CCOO, rama de hostelería. Una bicoca: cenas de gorra en la Casa de Andalucía, palco *vip* en Son Moix, hoteles de cinco estrellas en las ferias turísticas de Londres y Berlín. Todo a cambio de fustigar al PP, fotografiarse con los popes del PSOE, acudir a alguna mesa sectorial y garantizar que los Amaya tenían sus jamones en periodo electoral.

—Qué, Raimundo, ¿no me vas a ofrecer ni un poquito de jamón de ese bueno? Si huele hasta aquí.

—Es que no está *muy pa'llá*, jefe. Ya sabe que en Mallorca la humedad lo jode todo. Mire cómo tengo los huesos, baldaíto que estoy.

—No seas llorona. Si sigues así te quitan el bastón de mando. Que los Monje andan ofreciéndose...

—Quite. Son unos maricones. Ni los puestos de bragas saben llevar.

—Bueno, que a mí las guerras indias me la sudan. A lo que venía. Necesito información.

—¿Los prietos? Esos negros se están adueñando del barrio. Van en manada, se quedan con todo, estoy aguantando a mi gente pero andan muy alterados. Cualquiera día ocurre una desgracia.

—¿Como lo de tirar a un senegalés desde una azotea?

—Se cayó. Se lo juro por mis...

—A tus muertos ni mentarlos. También paso de tus cuitas con los negros. Habla con inmigración no te jode. Si por mí fuera os daba barco de rejilla a

todos. ¿Qué sabes de sicarios del este?

—Alguno hay, digo yo, pero ellos a lo suyo y nosotros a lo nuestro. Si quiere pregunto por ahí.

—No, Raimundo, lo que vas a hacer cagando hostias es darme dirección y nombre de todos los rubios del barrio o el bastón te lo meto por el culo.

—Charito, hija, apunta lo que te voy a decir. Anda, que el general tiene prisa.

UNA TIENDA de chinos, dos bares con el cartel de «Se traspasa», una peluquería, el locutorio, tres kebabs donde lo único que no estaba untado en grasa era la marihuana que dispensaban diligentemente chavales pakistaníes de cuerpo delgaducho y mostacho incipiente. Mierdas de perro minaban la calle donde el vendedor de cupones compartía acera con un grupo de borrachos aborígenes, pensionistas en su enésimo viaje a ninguna parte y africanos que se pertrechaban de baratijas a la vista de todos antes de coger el autobús que les llevaría a las zonas turísticas. Había memorizado todo lo que le rodeaba. Se trataba de no pensar. Reunir el valor suficiente para subir los treinta y cuatro peldaños hasta llegar al 2.º Izquierda. Arriba y abajo de la calle, Cifre recordó la primera vez que cruzó aquel portal del barrio humilde, tétrico, asfixiante y multiétnico de Sont Gotleu.

Lo malo de un barrio es que no cambie, que sea medio y no fin. Asfalto de paso. Tierra sin remisión. Sumidero de sueños, ventilador de fracasos. No hay orgullo en Son Gotleu porque el mayor éxito será perderlo de vista. A la barriada llegaron en los sesenta andaluces y extremeños embadurnados en tristeza, sujetos con alfileres a un sueño recurrente: alcanzar El Dorado del ladrillo a golpe de paleta, deslomados sobre un andamio, picando piedra.

Los más afortunados envolvieron su miseria en el hatillo del olvido. Metieron sus enseres en el maletero, a los críos en el asiento de atrás y pisaron fuerte el acelerador. El progreso no se recrea en melancolías, no se detiene en esquinas, no recuerda parques, no visita bares ni se besa bajo ninguna farola. Jamás vuelve al lugar de sus vergüenzas. La opulencia conquistada se resume en un volantazo, un acelerón al doblar la calle. Pronto o tarde, da igual, el barrio vuelve a ser como esa mujer al que un ridículo

cincuentón abandona por una veinteañera de piernas tan infinitas como su ambición. No hay *lifting* que disimule arrugas que son cicatrices. Son Gotleu es un *Cuéntame* que no avanza, condenado en un bucle temporal. Cambian los colores, no las biografías. Ayer sonaba la guitarra, hoy retumba un *dundun*. Solo la droga modifica algo el guion. La miseria le abrió la puerta al caballo desbocado que convirtió sus calles en una fosa común. Son Gotleu existe para que no existan otros. Porque acota la pobreza, evita que se desparrame. Mejor así, concentrada, controlada.

Pulsó el timbre. Tres veces. De eso también se acordaba. Siempre tres. Ni una más. Oyó unos pasos al otro lado y el llanto de un crío.

—Buenos días. Serguei, había quedado con Serguei. Es aquí, ¿no?

La chica no le respondió. Estaba demasiado ocupada tratando de calmar a un renacuajo que no paraba de llorar mientras se aferraba a su cadera. Era una jovencita de ojos claros y tez pálida. No debía de tener más de dieciocho años, pero con estas del este nunca se sabe, pensó. Le señaló una puerta entreabierta al final del estrecho pasillo.

—Hola Cifre. Has tardado mucho en subir. La próxima vez no te dediques a dar vueltas como un perro delante de mi ventana. Parecías un poli novato. No lo vuelvas a hacer jamás. ¿Vale?

—Sí, claro, perdona, de verdad.

La primera vez le sorprendió lo bien que hablaba español. Arrastraba las palabras y destrozaba la entonación, pero su vocabulario era extenso. Un tipo listo. Quizá con buena formación académica.

Cifre intentó avanzar unos pasos. El búlgaro todavía no se había levantado del sofá. Seguía dándole la espalda. Parecía muy interesado en las andanzas de Bart Simpson y su familia. Pasan los segundos. Eternos. Cifre tiene calambres en las piernas y un molesto hormigueo en el estómago. Serguei da un último sorbo a la lata de cerveza, se acomoda el chándal y clava al fin su mirada en Cifre. No era el rostro del sicario, tampoco el cuerpo fibroso, ni los tatuajes de sus nervudos antebrazos. Son los ojos. Inexpresivos. Pequeños. Profundos. Sin alma. Cifre baja la cabeza, rehúye la mirada del búlgaro, posando la suya en los juguetes desperdigados por la sala de estar del piso.

Serguei no le invita a sentarse. Lo prefiere así. Cara a cara. Conoce el poder paralizante de su rostro anguloso.

—Quedaste contento con el trabajo, supongo.

—Sí, claro, claro. La verdad que sí. Gracias.

—Me doy por felicitado. Tú pagaste y yo cobré. Asunto cerrado. ¿Qué haces aquí?

—Tengo miedo, ayer vino un policía...

Serguei se mueve como un resorte. Empuja a Cifre contra la pared mientras le agarra por el cuello. Puede oler su aliento. Ajo. Serguei huele a ajo. Cifre intenta no vomitar. Cifre se está desmoronando. Se muerde los labios. Tiene la boca seca. Le falta el aire. Serguei habla pausado. No necesita levantar la voz. Para qué. Delante solo tiene un fardo. Y se recrea. Porque sabe que el fardo paga pero es él quien manda.

—¿Sabes por qué te recibo en mi casa? ¿Por qué quiero que te abra la puerta mi mujer, que veas la cara de mi pequeño, que mires sus juguetes tirados por el puto salón? Yo mantengo a mi familia como tú. ¿Qué crees que te haría si abres la boca? Iré a por todo lo que quieres, me follaré a tu zorra antes de desfigurarla, mataré a tus hijos delante de tu puta cara y dejaré luego que te desangres como un cerdo. Eso es lo que haré, Cifre. Porque te abrí la puerta de mi casa.

Cifre se seca las lágrimas con el puño de la americana. Apoya la espalda en la pared, flexiona las rodillas. Se toca instintivamente el pecho. Necesita recuperar el aliento. Aire. Solo un poco de aire. El suficiente para decirle a Serguei lo que Natalia le ha ordenado. Ahora no puede recular. Ella tiene razón. Con el comisario jefe puede apañarse él. Con su subordinado no.

—Serguei, si matas al madero. Es solo un inspector. En serio, juego al pádel con su jefe todos los viernes. Nadie lo traga. Va de Harry el Sucio. Sin amigos, sin familia, indisciplinado y prepotente. Lo sé todo sobre él. Será fácil.

Un segundo después Cifre está tumbado en el suelo con el búlgaro oprimiéndole las costillas a rodillazos.

—¡Fácil! ¿Crees que matar a alguien está tirado, payaso? Te faltan cojones para plantarme cara y vienes aquí para decirme que lo que hago lo puede hacer cualquiera.

—Serguei, te lo suplico. Perdona si te he ofendido. Dime qué quieres, cuánto.

—Cien mil euros.

Serguei no afloja. Los ojos sanguíneos, las venas marcadas, el puño cerrado.

—¿Cien mil? Mataste a Basquida por la mitad.

Serguei le suelta dos guantazos que duelen más en el depósito de su orgullo, en reserva desde que Natalia le dijo que no volviera sin hacer el encargo. Serguei se levanta. Suelta una carcajada. Cifre sigue tumbado a sus pies. Un pingajo.

—Te has cagado en los pantalones y aún quieres regatear. Cien mil euros. En una semana. Metálico. Ni un billete de quinientos. Sin gilipolleces. Ahora vete.

No corre. No tiene fuerzas. Baja las escaleras deslizando la espalda por la pared desconchada. Está empapado en sudor. Incontrolable. Una marea ácida que ha superado la frontera de su camisa para llenarle de cercos la americana. Intenta acompasar la respiración. Inútil. Le falta el aire. Boquea desesperado. Se lleva la mano al pecho. Nota una punzada primero. Un dolor intenso luego. Dobla las rodillas, las manos entrelazadas. Sin tiempo para amortiguar el golpe contra el suelo.

A Tomeu Cifre le encuentran una joven marroquí y sus pequeños tirado en el portal. Las piernas rectas y en su rostro amoratado un rictus de terror.

No faltó nadie. El Cristo de la Sangre sin un banco libre. Era de esos funerales a los que hay que ir...

TIENE QUE hablar con la señora. Muerto el señor no entra dinero en casa de los Cifre. Sabía que no era el día. No cuando los críos han perdido a su padre y toca ir de funeral. Pero tiene que decirle a Natalia que se va, que buscará otra casa, que tiene deudas que pagar en Rumania y esas no esperan. Una semana de duelo. No más. Natalia sale del vestidor. En bragas y sujetador. «Déjame ver. Pantaloncitos negros. Camisa azul y corbata. Sí, perfecto. Unos muñecos. Esperad ahí mientras termino. A ver qué te parece». Elige un Versace justo por debajo de la rodilla. Ajustado. Realza sus tetas y marca trasero. Perfecto para cumplir su cometido.

—¿Te gustan estos zapatos o demasiado tacón?

—No, señora. Está usted impresionante.

Natalia sabe que Irina no exagera. Sí, está tremenda. Sonríe satisfecha. La genética y el *spinning*. Faltan las Rayban negras, una coleta y el pañuelo. La pamele hubiera sido excesiva para una sociedad que santifica la discreción. Mejor un *look* a lo Jackie en busca de un Onassis. «Lista, nos vamos». Irina vacila. Ve a la señora tan entera que duda si decirle algo ya. Pero están Daniel y Carlos revoloteando alrededor de su madre y termina por callar. Los críos, pobres. Si no fuera por ellos, la única alegría de esa casa, el único rastro de humanidad de su señora. Porque con ellos Natalia parece otra. Siempre solícita, siempre pendiente, siempre atenta. Por Daniel y Carlos, Natalia está dispuesta a todo. Se sienta con las profes de la guardería, los lleva a natación, a piano, organiza meriendas con sus amiguitos y tardes de cine y palomitas. El resto de madres la miran con envidia, algunas con asco. Pero Natalia sabe que ella está allí, en la puerta de uno de los colegios más exclusivos de Palma, porque se lo ha currado. Que no todas nacemos entre algodones, ni nos casamos con el novio con el que vamos a esquiar, ni papá nos paga un máster. A ella le tocó aprovechar sus armas. Unas consiguen progresar en un aula y otras en la cama. Pero los hijos te igualan. A veces hasta te hacen mejorar en la comparación. Y Natalia ganaba a todas esas arpías por goleada. Como madre no tenía rival. Sí, era la mejor del patio. Sus hijos se criarían sin su padre, pero no les iba a faltar de nada. Para eso estaban ella y su chasis.

El Cristo de la Sangre está a reventar. Cruza el pasillo central. No se quita las gafas. Mejor así. Observa sin ser vista. Y lo que ve le gusta. Ellas, compungidas ante esos críos de apenas cuatro años. Ellas, brujas, constatando que el cuerpo de Natalia hace babear a sus maridos. Algunos sonrían a su paso. Una mueca de complicidad para la que esperan sea la viuda alegre que todos desean. Ella baja la cabeza, por ahora. Todo llegará. Natalia también ha salido de caza. Un macho que cuide de su camada. A rey muerto...

Los asistentes forman una fila eterna. Charlan entre ellos mientras aguardan hasta llegar al banco de Natalia. Todo el Gotha balear está en esa iglesia. Salvo los políticos. Huyeron como de la peste. Un empresario investigado por corrupción es mala cosa. Porque para corromperse siempre tiene que haber alguien que te corrompa. Un emisor de sobres y un receptor de maletines. Sí, mala cosa. Mandan a sus mujeres. «Natalia, qué horror, pobre

Tomeu. Mi marido no ha podido venir. Ya sabes, los presupuestos que no hay manera de pactarlos. Te manda un beso. Tenemos que quedar a comer». «Claro mujer, dile a Damià que no se preocupe, ya me imagino. Pobre, tan liado con los vivos como para preocuparse de los muertos».

Es el turno de Biel Socías. Abraza a Natalia. Fuerte. Baja las manos. Recorre su espalda con las yemas de los dedos hasta posarse en sus caderas. Le susurra al oído «ya sabes dónde estoy. Para lo que necesites, guapa». Sí lo sabe. Conoce el código. Será Biel. El moscón se ha enredado en la tela. Viuda y divorciado sin hijos. Todo cuadra.

PASOS CORTOS. Respiración acompasada. Se coloca justo detrás. Abre lentamente la ventana. Apenas una rendija. Ahueca la mano. La desliza sobre el cristal. A unos centímetros de su destino, extiende la palma y entonces sacude la mano lo suficientemente cerca como para que note su presencia. Nada. La mosca gira sobre sus patas y arranca a volar hacia el flexo de la mesa desnuda del despacho. Acaba posada en la agenda. Una Loewe negra de piel. «Box-calf, el mejor cuero de becerro que pueda usted encontrar. Le durará toda la vida». El dependiente no mentía. El único lujo en un cuarto sin libros, cuadros, papeles ni ordenadores. Su lugar de trabajo. Su medio de vida. Sin fotografías. Sin recuerdos. Nada.

La mosca aterriza en su mano. Otra vez. Hoy tendría compañía. Sonríe. De Julián Estellrich se decían muchas cosas en la vieja barragana de Palma, pero seguro que todos los que tanto le temían no sabían que jamás mató ni a una mosca.

La última vez que lo intentó tenía apenas diez años. Volvía a la ciudad de acompañar a su padre hasta la finca de un potentado en Cala Ratjada.

—Déjala en paz, Julián. Ni la toques.

—Es que no para, padre. ¿Por qué no puedo matarla? Luego la tiro al cenicero.

—Julián, un día tú serás como yo. Como la mosca. Olerás la mierda de otro, te posarás en ella y solo saldrás de su vida cuando tú decidas.

—No lo entiendo, padre.

—Lo entenderás, no te preocupes. Por ahora piensa que somos nosotros

quienes hemos parado en la gasolinera, nosotros quienes hemos abierto la puerta porque necesitábamos repostar, nosotros quienes no hemos tenido cuidado y la hemos dejado pasar y por eso viajará hasta casa con nosotros. Venga, abre la libreta y repasa. Ahí está todo. La mierda de mucha gente. Póstate en ella porque en su desgracia hallarás el sustento.

Julián Estellrich nunca quiso a su padre. Para qué. La familia no la eliges, los amigos, sí. Él nada tenía que decir de la primera y decidió no cultivar los segundos porque así se lo enseñó don Gabriel Estellrich. «La amistad debilita, perturba el trabajo, lo adultera. Además, nadie quiere a las moscas». Aprendió a no amar a las personas. Solo eran pagarés, cifras, vencimientos. Fechas anotadas en negro en su agenda, túmulo de desgracias ajenas, las de gente tan débil como para incumplir sus compromisos porque aspiraban a poseer más cosas de las que su cuenta corriente les permitía. Él no. Dejaba que los demás en su glotonería acumularan más de lo que jamás debieron atesorar. Luego solo quedaba esperar. Pronto revolotearía sobre su infortunio. «Don Julián, necesito solo cinco mil euros. El mes que viene se los devuelvo. Confíe en mí. Tiene mi palabra. Se lo juro». Nunca era así. Estúpidos. La deuda crecía y crecía abonada en intereses inasumibles hasta que el pobre infeliz solo podía responder con sus bienes. Estellrich tenía pisos que nunca había habitado, fincas que nunca labró y coches que nunca condujo. Pero todo estaba anotado en la Loewe. No necesitaba nada más. La mierda de ellos, la fortuna de él. Tinta roja o tinta negra. Ruina o salvación... momentánea.

La mosca voló hacia la estantería vacía.

—¿Don Julián?

—Dígame, Cati.

—Un inspector de la Nacional, pregunta por usted.

Policías. Buenos clientes. Alcohol, putas y juego. Combinación perfecta. Orgullosos hasta que asumen que son como los demás. Cifras y fechas. Luego, clientela fija y útil. Siempre es bueno tener a la policía de cara. Hasta se les puede perdonar alguna cuota. *Quid pro quo*.

—Buenos días, inspector...

—Iñaki Altolaquirre, de Homicidios.

—Vaya. No es mi especialidad. Supongo que sabrá que no salgo mucho y a mí me son más útiles los vivos que los muertos. ¿Le mandan sus jefes? Tengo

muchos amigos en Ruiz de Alda. No dude en pedir la cantidad que necesite. Seguro que encontramos cómo arreglarlo. ¿Timbas?, ¿divorcio?, ¿en qué le puedo ayudar?

—Un fiambre. En realidad, dos. Un periodista y un empresario.

El prestamista se echó ligeramente para atrás y borró la sonrisa comercial con la que había recibido a Altolaguirre.

—Inspector, no veo para qué me necesita entonces. Le reitero que en mi oficio es bueno que la clientela viva muchos años. No me suena tener anotado un periodista en la lista. ¿Empresario? Es demasiado genérico. Si me concreta de qué sector...

—Construcción.

—No me lo pone usted fácil. Últimamente de esos tengo muchos. La crisis nos ha hecho inseparables. Tengo tiempo, pero no muchas ganas de perderlo en adivinanzas. Dígame.

—No se preocupe. Versión corta.

El policía le contó que a Antonio Basquida Cifuentes le encontraron apaleado hasta la muerte en un vertedero ilegal cerca de Puigpunyent. Que el encargo de apiolarlo fue seguro de Tomeu Cifre. Que el periodista le estaba dando por culo y el constructor se cagó tanto como para tener los santos cojones de encargarse de su muerte. Eso en la isla donde pasa de todo, pero nunca parece pasar nada.

—Disculpe inspector, pero no le sigo.

—Ya verá como sí. En realidad usted sí tiene tiempo y a mí sí que me gustan las adivinanzas. Ahí va una. ¿Sabe dónde encontraron muerto a Cifre?

—No, no lo sé.

—En un piso de mierda en Son Gotleu. En el rellano para ser exactos. Ni puñaladas ni somanta de palos. Un puto ataque al corazón. Seco como la mojama. El funeral fue hace cinco días en el Cristo de la Sangre. La iglesia estaba plagada de clientes suyos. Tiene razón. La puñetera crisis le ha venido a usted de pelotas.

—No suelo acudir a actos sociales. Mis clientes aprecian la discreción. No soy bien visto en según qué círculos.

—Normal. Los butifarras son así, ¿no?

—Así ¿cómo? Inspector.

—Orgullosos. Demasiado altivos como para reconocer que no pueden pagar ni la chaqueta de firma que lucen. Su dichoso linaje de conquistadores. No se han adaptado a los nuevos tiempos. Ya no les vale con soltar una retahíla de apellidos para que les den crédito en los bancos y han vendido sus palacetes para darse la gran vida. A alguno mejor le hubiera ido palmarla hace unos años, con el buche lleno y la cuenta repleta. Pero, son la hostia. Son eternos, todos se mueren a la edad del sol. Un engorro.

Altolaguirre juntó las dos palmas. Cuando las abrió había una mosca muerta sobre el suelo. La empujó con la suela justo debajo de la mesa de Estellrich. El prestamista torció el gesto. Estaba incómodo. No le gustaba el tal Altolaguirre y mucho menos que matara moscas.

—Mire. Usted no necesita dinero ni yo necesito que me explique la historia de las familias que liberaron Mallorca del yugo sarraceno. Creo que lo mejor es que...

—Vamos, don Julián. Sea paciente. Eso es importante en su oficio ¿no? Sigo. Total, que tenemos dos cadáveres, uno hostiado y otro de muerte natural. Dos misterios. Para resolver el primero tenía que saber qué cojones hacía el segundo cuerpo en un barrio de negros y gitanos. Cifre tendría que haber muerto por lo menos en Son Vida pero en Son Gotleu no cuadra ¿Sabe qué? Creo que fue allí a pagar el trabajo. O a lo mejor le cogió el gustillo y quería hacer otro pedido. Le estaba dando vueltas al tema mientras levantábamos el cadáver del pobre imbécil y mi compañero se fijó en los buzones. Mire por dónde, ahí estaba. Como el luminoso de un puticlub de carretera. Centelleante. «Serguei Anatol, segundo izquierda». ¿A que ahora sí que le suena?

Si Alto es tan observador como se jacta, notaría el blanco de los nudillos del usurero. El color níveo de quien aprieta las manos entrelazadas. Solo eso. Ningún otro signo exterior que denote que Estellrich ha sentido el golpe y que ahora sabe que su matón se ha convertido en un problema. No, si Alto fuera más precavido, sabría que aquel hombrecillo de piel traslúcida no tiene ninguna intención de dejarse amedrentar por un policía. Simplemente porque el prestamista no tiene miedo a nada. Otra lección de su padre: «Julián, el miedo es hijo del deseo. Solo si deseas algo tendrás miedo de perderlo». Y Julián Estellrich nunca ha deseado nada ni a nadie. Es inmensamente rico y jamás ha condonado una deuda. Acumula bienes de los que no disfruta y que

solo resultaron atractivos en el instante en que pudo arrebatárselos a otro. Apenas un aleteo.

—No. Ya le he dicho que me muevo más por Jaime III. La zona de la que me habla se la dejo a los gitanos. Pregúnteles a ellos.

—Ya lo hemos hecho. Nos han dicho lo mismo. Que no contratan búlgaros. Se encargan ellos mismos de cobrar sus deudas.

En cambio me dicen que usted sí. Que el bueno de Serguei es su mamporrero.

—No acostumbro a matar a quien me da de comer. Seguro que eso lo entiende, y tampoco conozco a ningún búlgaro. Trabajo producto local y no tengo intención de expandir el negocio. Así que si no le importa dejamos la conversación en este punto. Dele recuerdos al jefe superior. Es buen amigo mío.

—De su parte. Haga lo propio con Serguei. Mío no lo es, pero si le ve dígame que ando buscándole.

—Buenos días, inspector. Cati le acompañará hasta la puerta.

Altolaquirre bajó los seis pisos igual que los subió. A patita. Le gustaba andar. Mantenerse en forma ahora que se ciscaba a Marga Valiente. Su lío era la comidilla erótica de sus compañeros de la comisaría. Disfrutaba de sus miradas de envidia casi tanto como follándose a la jueza de Instrucción 3. Toda una hembra. Joven, curvilínea, ojazos, melena negra, inteligente, corajuda, hiriente. «Tienes tripita, Alto. Te estás haciendo viejo. Tendré que buscarme uno de mi edad». Se lo dijo mientras le bajaba la cremallera y le manoseaba el instrumento. Le sentó a cuerno quemado. Desde entonces no cogía el coche. Pateando con treinta y cinco grados de la Jefatura a su casa. Una ensaladita y mucha agua. Todo sea por la causa.

EL BÚLGARO se mordió las uñas. Le sudaban las manos. Estaba en el vestíbulo del prestamista. Su patrón. Cati le había dicho que fuera puntual y el jefe le hacía esperar veinte putos minutos. Otro encargo. Seguro. No le apetecía. Desde que encontraron a Cifre en el rellano de su escalera estaba intranquilo. Puto madero. No era como los otros. Tenía la sensación de que le seguía. No era bueno para el negocio. A don Julián no le gustaban los polis y a Serguei,

menos. Joder con el mierda de Cifre. Va y la espicha nada más pedirle que se encargara del inspector que le seguía la pista. Muerte natural por acojonamiento. Gilipollas. Se podía haber esperado a llegar al kebab.

Cati seguía leyendo el *Pronto*. Gorda asquerosa, pensó el búlgaro. No hace nada en todo el día. Solo subirle al viejo el bocata de atún con huevo de la una y media, la botella bien fría de Vichy Catalán, sin hielo y con dos rodajas de limón. Eso y filtrarle las llamadas. Claro que tenía tiempo de leer revistas del corazón, pintarse las uñas llenando de olor a laca el minúsculo vestíbulo y sonreír a las visitas con la prepotencia de quien se cree que es la dueña en vez de la secretaria. A esa cerda le haría un día la corbata. Una de sus especialidades. La aprendió en Croacia. Antes de que la ONU se metiera en el país y se cargara a su anterior jefe. Un corte a la altura de la nuez. Lo suficientemente ancho y profundo como para meterle los dedos y sacarle la lengua por el agujero. Siempre era igual. Quedaba colgando como una corbata. Unos maestros estos croatas. Un par de críos con la lengua asomando por la tráquea y los bosnios contaban entre sollozos dónde guardaban las armas. No fallaba. Algún día Cati estaría de rodillas suplicando por su lengua de vieja pelota y cotilla. Y le haría la corbata.

—Pasa Serguei. Don Julián te espera.

El prestamista estaba sentado en su silla de piel. Los codos apoyados en una mesa llena de ralladuras. Su rostro, apenas iluminado por la bombilla de la lámpara de Ikea que colgaba del techo, no transmitía ninguna emoción. Lo mismo de siempre. Una habitación en penumbra. Unos ojos sin brillo.

—Serguei, Serguei, Serguei... ¿Soy un mal jefe?

—No, don Julián.

—Entonces, dime ¿por qué aceptas trabajos fuera de este despacho?

—No entiendo...

—Claro que sí. Tomeu Cifre.

Se apoyó en la silla. No se sentó. Don Julián no le había invitado a hacerlo y era el único ser vivo al que Serguei tenía miedo. Podía matar a su jefe de un solo golpe. Apenas levantaba metro y medio del suelo. Estellrich era enjuto, débil. Ni siquiera llenaba el traje. Pero había algo en él que provocaba en Serguei un terror irracional. Acaso su falta de sentimientos. Ni ira. Tampoco amor. Estaba vacío. Sí, él, que había violado, desmembrado y asesinado a

hombres, mujeres y niños desde que tenía uso de razón temblaba de miedo ante su patrón.

—Ahora tú y yo tenemos un problema. Esta mañana me ha visitado un policía. Un inspector de Homicidios, para ser más exactos. Me ha preguntado por ti. Sabes cuánto valoro el anonimato. Lo es todo en mi negocio. Y tú con tu codicia y falta de sesera me lo estás fastidiando. Te has convertido en un quebradero de cabeza. No creo que me lo merezca Serguei, no después de todo lo que he hecho...

—Le juro, don Julián...

—No me interrumpas. Cuando tu hijo estaba enfermo viniste a mí. ¿No me porté bien? Tuvo los mejores médicos. Aún los tiene. Sabes que no es barato que te traten en una clínica privada. Todo cuesta, Serguei. Mucho. Ni te lo imaginas. Pero yo no digo nada. Sé cuánto te preocupa el corazón de tu niño. Callo y pago. Pero ahora tú nos has fallado a ambos. A ti se te agota el crédito y a mí la paciencia.

—Don Julián, lo siento. Por favor deje que se lo pague...

—Claro que lo pagarás, Serguei. No lo dudes.

El usurero abrió la agenda, se mojó las yemas y sus dedos revolotearon sobre las hojas. Pasaba y pasaba páginas. Se detenía en algunas. Asentía con la cabeza en otras. Murmuraba. Sus dedos levantaban de nuevo el vuelo. Una pequeña pirueta en el aire, apenas un chasquido y de nuevo se posaban sobre la mierda acumulada durante años financiando y cobrándose excesos ajenos, debilidades propias de quienes aman algo, desean algo, codician algo. Serguei seguía de pie. Sudando. Las uñas blancas de apretar el respaldo de la silla. Estellrich disfrutaba del momento. Experimentaba un extraño placer. Tenía el poder y su sicario era ahora una mascota temblorosa, aturullada, manejable por culpa de la cardiopatía de su crío. Dejó que corrieran, interminables, los segundos. Pasó las páginas hacia delante y hacia atrás. Una mosca revoloteando sobre la mierda de Serguei.

—Mira. Aquí estás. Una lástima. Apenas seis meses más y nuestra relación comercial habría terminado. Ahora tengo que consignar otra cantidad. Vuelves a estar en mi lista. ¿Crees que tu hijo se curará antes de que saldes tu deuda? No lo sé, Serguei. A lo peor tiene otra recaída y te ves obligado a volver a internarlo. Dios quiera que no. En esas clínicas no están acostumbrados a

lidiar con inmigrantes, y menos sin seguro. Dime, ¿cuánto te pagó Cifre por cargarte a ese periodista? Y no me mientas. Sería estúpido y hasta hoy pensaba que no lo eras.

—60.000 euros.

—Caray. No está mal. El problema es que Cifre hasta que decidiste matarlo también estaba entre mis clientes. Si te pagó a ti, a lo mejor su viuda me deja sin cobrar. Mal apaño entonces, ¿no crees? Pienso que lo cabal sería que me abonaras esa cantidad en concepto de daños y perjuicios. Si te parece bien, te lo anoto. Plazos e intereses habituales. Comprenderás que no debo hacer una excepción. No sería justo y yo procuro serlo siempre.

—Don Julián, es demasiado. El crío no está bien. ¿Cómo voy a poder devolvérselo?

—No lo sé. El caso es que tendrás que buscar la manera de hacerlo. Yo no puedo encargarte más trabajos. Ahora no. Te has vuelto demasiado famoso. Malo para el negocio. No quiero agentes aquí salvo que vengan a pagar sus pachanas. Vete. Recuerda que los plazos empiezan a correr en una semana.

La calle estaba repleta a esa hora. Los comercios de escaparates atestados de bagatelas aguardaban esperanzados a que el rebaño de turistas decidiera pastar en su interior. Serguei se apoyó en la pared de una zapatería regentada por chinos. Venas hinchadas. Respiración acelerada. Notó que le subía una arcada. Cerró los puños y golpeó con fuerza el muro. El amarillo no se atrevió a decirle nada. Otro ruso alcoholizado, pensó. Demasiado violentos para razonar con ellos.

Estellrich observa a su lacayo desde la ventana. Su imagen de abatimiento le reconforta. Él arriba, los demás abajo. Sobrevolándolos. Así había sido siempre. Le gusta asomarse a Sindicato. Decadente como todas las calles que perdieron la partida al mar y a esas avenidas de palacetes con fachadas blasonadas cuyos bajos se rifaban las marcas de alta costura. Sindicato era más humilde. Había envejecido mal, sucumbido a la dictadura del rótulo chillón y casposo. Quedaban pocos comerciantes de los de toda la vida. Una sombrerería que nunca heredarían los hijos de don Josep, una pastelería con las ensaimadas acartonándose en el escaparate como los pensionistas en el banco de enfrente; la mercería de Aurora, incapaz de competir con los precios de los bazares chinos. De Estellrich eran varios pisos de la milla de oro por

los que cobraba alquileres altísimos a directivos llegados de la Península. Sus empresas pagaban religiosamente y los inquilinos apenas daban problemas. Podría haber reservado una de las plantas para dar más lustre a su negocio. Hubiera sido un error. Era mejor asomarse a la ventana y esperar que el noble de pomposos apellidos cruzara deprisa con la cabeza gacha por una calle donde nunca transitaban los de su linaje. Esa era la primera humillación. Mezclarse con el vulgo ramplón. Verlos abandonar sus palacios para acercarse hasta allí buscando cómo maquillar su bancarrota. Idiotas. Las olas siempre marcan la dirección. Más fuerte, más despacio, pero ellas deciden. Pretender nadar contracorriente es la antesala de la muerte. Manotazos de ahogado. Estellrich es un momentáneo tablón. Solo eso. Al final acabarán en el fondo, arrastrados por un torbellino de deudas, engullidos por sus facturas y su orgullo de clase. Antes, claro, él cobrará sus intereses. Hasta el último céntimo.

Lo vio llegar, con su sombrero calado hasta las cejas y una rebeca verde que hacía más llamativo aún su acelerado caminar entre la chusma.

—Cati, el señor Alemany sube a verme. Hazlo esperar.

—Claro, don Julián. ¿Lo habitual? ¿Veinte minutos?

Estellrich asintió y cerró la puerta de su despacho. El butifarra tendría que joderse. Cosas de la cadena alimenticia.

Sentado frente al prestamista, el corpachón de Telmo Alemany se empequeñece. Pasa la palma sobre la mesa. Está sucia. El polvo de mil desgracias se acumula en la madera rajada. Cree que se ha clavado una astilla. Premonitorio. Estellrich le ofrece un *kleenex*. Usará el mismo para secarse la sangre y el sudor. A él le gusta verlos sudar. El sudor es el chivato. Cuenta lo que no dicen las palabras. Otra lección de su padre. Así, en penumbra. Con la luz tenue orillando su rostro brillante, con las gotas cayendo sin control por la frente y una astilla en sus manos, Alemany está listo para el calvario.

—Julián, lamentablemente no tengo tu dinero. No todo. Quizá en un mes, un par a lo sumo, podría responder...

Las palmas abiertas de Estellrich indican que la conversación y el tuteo no van por buen camino. Se demora unos segundos eternos en abrir la agenda. Las penurias del manirroto butifarra ocupan varias hojas. Demasiadas.

—No creo.

—Pero...

—No creo, no. Las entradas no compensan las salidas. Mal negocio.

—Siempre he pagado. Siempre.

—El rojo no miente don Telmo. No lo vamos a discutir ¿verdad? No sería justo andarnos con reproches. No ahora. No le ofrecí ayuda, fue usted quien me la pidió y yo se la di. Los matices son importantes. El dinero lo pongo yo, las reglas, diáfanos, también. Es día de cobro y debo cobrar.

Alemaný tiene la camisa empapada. Se muerde la boca, plagada de llagas. Demasiadas noches en vela con los dientes rechinando. Traga saliva con sabor a sangre. Intenta recomponerse.

—Dos meses y tendrás tu dinero. Te lo juro. Hasta el último euro.

Imbécil, cree que el tuteo le embadurna de superioridad. Pero es un pedazo de mierda. Una más. Es hora de posarse.

—La finca de Porreres.

—Jamás, nunca. ¿Cómo te atreves?

—Don Telmo, debería enfocar bien este incómodo asunto. Su deuda es de 565.000 euros. Si hoy no puede pagar, y me está diciendo que no puede, los intereses seguirán subiendo. Le estoy ofreciendo una salida.

—Me estás robando, joder.

—Más bien es al revés.

—Porreres vale mucho más.

—¿Lo ve? Cuestión de enfoque. Ahora mismo 565.000 euros. Su deuda.

Cinco mil naranjos, tres mil limoneros, varios aljibes, los almendros, la casa de cuatro plantas, un pabellón para invitados, la piscina, la cuadra, un coto de perdices, la bodega. Ambos saben que Son Valent vale infinitamente más. Cuestión de enfoque.

—La explotación. Le ofrezco quedarse con el campo. La casa no.

El prestamista sonríe por primera vez. El orgullo siempre le ha hecho gracia. Le es útil. Nubla la sesera de todos esos apellidos de conquistadores que se repartieron Mallorca después de masacrar a los musulmanes. Muchos de sus descendientes tienen borbotones de noble linaje mal somatizado pero ni una gota de sentido común.

—No voy a ser su aparcerero, don Telmo. No me haga perder el tiempo y cúidese de que no pierda también la paciencia. En una semana le llamarán de

la notaría. Procure aparecer. No quiero mandar a nadie a buscarle. En una semana nuestros negocios quedarán saldados.

SERGUEI ESPERÓ a ver salir a la asistenta con los dos niños. Tendría más o menos una hora. Eso si Natalia no decidía ir de compras. Los críos al parque y ella a fundirse el dinero, el suyo, en las *boutiques* de lujo. Cruzó el vestíbulo, pulsó el botón del último piso. Se miró en el espejo. Ya no sudaba. Nunca lo hacía cuando estaba trabajando. Solo delante de don Julián. Llamó al timbre.

—Irina ¿ahora qué pasa?

No tuvo tiempo de gritar. El guantazo le partió un diente. Tuvo suerte de caer de lado. Cuando quiso levantarse tenía una bota militar oprimiéndole el pecho. Fuerte. Sobre la boca del estómago. Giró el rostro y cerró las piernas instintivamente. Seguía sin poder hablar. Ahora era la rodilla la que le cortaba la respiración. Un puñetazo en el oído y todo a su alrededor se movía, borroso.

Ya no le duele el pecho, está desnuda de rodillas sobre la bañera y alguien le está mojado la cabeza. Corre un hilillo de sangre. No puede palparse. Tiene las manos atadas.

—Ya podemos hablar. Te desmayaste. No aguantas mucho. No voy a violarte. No por ahora. Tenemos poco tiempo antes de que vuelvan tus niños. Si me ven aquí tendré que matarlos. Me suda la polla hacerlo, pero seguro que no hará falta ¿verdad? Nos vamos a entender a la primera, ya verás.

Tenía que pensar rápido. No suplicaría. No serviría de nada. Si todavía no estaba muerta era porque valía más viva.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres?

—Tu marido me encargó un trabajo, lo hice, lo cobré...

—Mi marido está muerto, yo no sé nada.

La patada le hizo doblarse de dolor. La cara apoyada en el frío mármol. Tiene arcadas. Huele a sangre. Sabe a sangre. Miedo. La agarra del pelo. La arrastra de nuevo hasta la bañera. Esta vez la mete dentro. Abre el agua fría. La quiere consciente.

—No necesito que sepas. No te he pedido que me aclares nada, zorra. Quiero 60.000 euros. Nada de joyas. En metálico. Eso o te voy a forrar a

hostias. Pero antes de palmarla verás como reviento a tus hijos.

Los niños. Natalia tiene que actuar rápido. Vive para ellos, mataría por ellos. Piensa, Natalia, piensa. Es un tío. Otros te han pegados antes. Todos te han querido follar, dominarte. Que fueras su trofeo. La morenaza andaluza que exhibir en las fiestas y doblegar en la cama. Siempre supo cómo poner el cascabel a tanto tigre. De eso había vivido hasta ahora y pensaba seguir haciéndolo. A Tomeu Cifre le seguiría otro. Uno que le asegure el nivel de vida, la visa oro, las vacaciones en barco, el colegio inglés y las navidades en París. Pero los niños no. Ellos son la única verdad que hay en su vida. Ni los pezones agrietados y las tetas caídas de dar de mamar, ni las curvas de vértigo perdidas por los fórceps del parto. Nada que el bisturí del doctor Morano y un entrenador personal no pudieran arreglar. Volverá a tener una bacaladera en el coño. Ya hay cola. Lo sabe. Capta las señales. Esos abrazos de los amigos de su marido muerto. Siempre apretándola contra su pecho. Bajando las manos hasta la cintura. Acariciándole el pelo. «Lo que necesites, Natalia. Ya sabes dónde estoy. Cuando quieras quedamos». Señales. Lleva desde los quince años interpretándolas. Sí, será Biel Socías. Piensa, Natalia, piensa. Tantos moscones a tu alrededor tienen que servir para que ahora sepas cómo sacudirte a este. Claro que puede matarte. Pero sigues viva. Hay cólera en los ojos veteados por finas líneas de sangre del sicario. El cuello hinchado, las venas marcadas. Pero no la ha matado. No todavía. Natalia ya sabe que no ha venido a eso. Es un farol. Hoy es un farol. Tienes que ganar tiempo. No suplicarás. No quieres hacerlo. No serviría de nada porque no hay compasión en el rostro de Serguei. Por fin lo ves claro. Ya sabes lo que tiene que hacer. Por los niños.

—Y luego ¿qué?

—¿Qué dices?

Serguei cierra el puño. Lo acerca a su cara. Pero no lo descarga. Duda. Por primera vez hay alguien que no le suplica. Siempre fue así. Un tipo de rodillas que lloriquea mientras asegura que pagará. Una mujer que chilla mientras la acuchilla lentamente. Nunca hay piedad porque él es un profesional. Un eliminador meticuloso, eficiente, ordenado. Le gustaba verse así. Podría haber sido repartidor como su padre. Dependiente como su hermana. Sin embargo, descubrió pronto que se le daba bien matar. Era muy

apreciado en el sector. Un niño prodigio desde que con trece años cumplió su primer encargo. Su patrón le explicó cómo hacerlo. «Pulso firme, Serguei. No le mires a los ojos, no le escuches. Solo hazlo. Ya vomitarás luego». Pero no lo hizo. Ni una arcada. Le agarró por detrás y le rajó el cuello. De izquierda a derecha. Un tajo profundo. Luego fue a celebrarlo. Ya era un hombre de honor. Uno más de los chicos de Dimitri, el jefe de su barrio. No preguntó el motivo para ejecutar a aquel chaval. No le pagaban por pensar. Contrataban sus manos, no su cerebro. Luego vinieron muchos más. Le llovían los trabajos. Se lo rifaban. Un artesano al servicio de la negra parca allí donde sus embajadores reclamaran sus servicios. Siempre por razones ajenas. Hoy no. Por primera vez su víctima no gimotea. Esa mujer le ha preguntado algo. «Y luego ¿qué?». Joder, no lo sabe. Nunca necesitó un motivo porque siempre trabajaba con los de otros. Ya no quiere apalizar a Natalia. Elige escuchar.

—No ganas nada. Has dicho que ya cobraste. Mi marido te pagó por cargarte al periodista, ¿no? Vale, pues entonces ¿qué haces aquí?

—Don Julián quiere su dinero. Tu marido le debía mucho y el capullo se murió sin pagar. Don Julián dice que es culpa mía y estoy en deuda con él.

—No sé quién es don Julián pero te he dicho que no tengo dinero ni para él ni tampoco para darte más a ti. Si me matas no tendrás nada. Lo sabes. Tu jefe no podrá cobrar y tú tampoco. Igual hasta manda a alguien para cobrarse sus deudas y eres tú el que acaba muerto.

Ya no quiere seguir machacando a la morena. Prefiere que siga hablando.

—Levántate, puta. Habla.

Natalia se lava el rostro. Se ajusta la ropa y se atusa el pelo. Ahora es ella la quien le domina a él.

—Mata a don Julián. Muerto no hay deudas. ¿Quién sabe cuánto le debes? Es un prestamista, ¿no? Lo tendrá todo apuntado, pero no creo que sea difícil saber dónde, ¿verdad?

Serguei recuerda la jodida agenda. Al usurero mojándose sus huesudos dedos. Pasando las hojas con sus uñas de manicura. «Aquí estás. Serguei. Me debes 60.000 euros. Los intereses y plazos habituales. Es lo justo». Quiere matarlo. Vuelve a tener un objetivo. No es ajeno, pero por primera vez es compartido. Se levanta. Acerca su dedo al rostro entumecido de Natalia.

—Te llamaré. Si lo hago no le deberé nada a él, pero tú sí que me lo

deberás a mí. No lo olvides porque vendré a cobrarme la deuda.

—Lo sé. Dame tiempo. Si no le tengo que pagar a él seguro que encontraré cómo pagarte a ti. Tardaré un poco, pero te juro que tendrás tu dinero. ¿No cobraste por el *juntaletras*?

—Más te vale. Arréglate, das asco.

Natalia cierra la puerta. Es verdad. Serguei tenía razón. Está horrible. Le duele todo el cuerpo y aún le sangraba el labio. Se mete en la ducha. Llamará a Biel. Siempre envidió a Cifre. No por su dinero. Tenía mucho más que el imbécil de su marido muerto.

Quería tirarse a Natalia. Él tendría su trofeo y ella la pasta para sacarse brillo. Enciende el ipad. Busca su canción preferida. Abre la ducha. Esta vez corre agua caliente. Se pone a tararear. Bien, Natalia, bien. *Keep rolling*.

El búlgaro se ajustó el casco. No vio al tipo que estaba aparcado detrás. Altolaguirre llevaba muchas guardias encima. Seguir a alguien solo requiere paciencia y saber cuándo actuar. Todavía no. Todo va encajando como en un tetris, su mejor compañía en las horas de espera. Tiene a Serguei donde quería. Sabía que el búlgaro era lo suficientemente primario como para visitar a la viuda si aún quedaban cuentas pendientes. Esperaba que no la hubiera matado. Sería un engorro. Otro fiambre de campanillas en la Isla de la Calma lo complicaría todo. El alcalde pondría nervioso al delegado del Gobierno, el delegado al jefe superior de Policía y él acabaría porculizado. Es la cadena de mando. Como la alimenticia solo que en este caso él era el puto conejo al que picoteaban demasiados buitres. Por ahora. Que le jodan a Darwin.

Arrancó la moto. Altolaguirre dejó el tetris. Era un coñazo seguir a un motero pero esta vez sabía el destino. Su GPS mental no fallaba. El sicario desmontó en una callejuela detrás de Sindicato. El inspector sonrió satisfecho. Todo encaja. Como en el tetris. Pensó en Marga Valiente. Hoy se había ganado echarle un buen polvo a la jueza. La verdad es que era una capulla. Joder, no tenía tanta tripa. Ya les gustaría a sus compañeros llegar a los 47 años como él. Marcó su móvil.

—Marga, entre sumario y sumario igual tienes tiempo para un revolcón...

—Seguro. ¿Dónde estás?

—Cerca. ¿Qué tal en tu despacho?

—Alto, eres un salido.

—Lo sé. Culpa tuya.

—Anda corre.

LA COMISARÍA es un hervidero en su rutina. Polis sesteando, presuntos desfilando. Alto entra a la carrera, sin saludar. Como siempre. La broma chorra. Un ritual. «Alto ahí», le grita desde la pecera un chaval pecoso con el pelo cortado como un bacalata y encantado de lucir placa y pistola. Un chulito que solo se las ha visto con guiris como armarios borrachos como cubas. «Eh, Alto, que esta vez es verdad. Espera un momento». Altolaguirre se gira, le mira con esos ojos negros, profundos y arquea el cuerpo. El chaval es tonto, pero no lo suficiente como para ignorar lo que indica el lenguaje gestual. «Inspector», ahora decide llamarle así, porque sí, porque en la Academia asistió a un curso de comunicación no verbal. «Que el jefe le quiere ver. Que no le coge el teléfono. Nos ha dicho que le avisáramos en cuanto llegara, no nos ha dicho para qué pero hoy no ha habido...». «Chaval, centradito, sujeto verbo, predicado. Sin alardes. Ahora voy, y una cosita, la próxima bromita te aliso el pelo a hostias, *tontolnabo*». El novato vuelve a la pecera boqueando.

Alto sube los cuatro pisos por las escaleras. No le gustan los ascensores. Hay que saludar, hablar de gilipolleces, además huele a colonia barata y sobaco avinagrado. Por las escaleras basta con menear levemente la cabeza y todos se dan por cumplimentados. Tampoco nadie tiene ninguna intención de pararse a charlar con Alto. ¿Para qué? El navarro mostró sus hechuras al poco de arribar a Ruiz de Alda. Alto se encargó de agigantar la leyenda de poli duro, hosco, fogueado en el norte. Esa que hablaba antes de llegar de su mano suelta con los detenidos. Sus interrogatorios sin cámaras grabando. Las somantas de palos a los cachorros del hacha y la serpiente. Un tipo con la mecha muy corta. Y estalló. Apenas llevaba un mes en la comisaría y ya le estaban obligando junto al resto de sus compañeros a escuchar a un soplapollas llegado de Madrid. Casi una veintena de maderos atendiendo a un joven repeinado, con pantalones estrechos, un jersey verde y una camiseta con la leyenda «No surrender». El jefe lo presentó como un «motivador». Por lo visto formaba parte de un plan para modernizar el Cuerpo que algún avisnado había conseguido vender al sopazas del director general. Lo moderno ahora

era ser próximos, mutar el miedo por el respeto, ser cercanos a los ciudadanos, no solo estamos para servir sino para ayudar, para escuchar, para entender. Proyectó escenas de *Harry el Sucio*, señaló con su puntero óptico imágenes de agentes ayudando a dar a luz en un atasco, rescatando a unos jóvenes de entre los hierros de su coche reventado. Algún melón apuntaba frases sacadas del manual del buen policía. La mayoría trataba de que el culo no se les durmiera después de cuarenta minutos sentados en unas sillas de colegio, duras como piedras. Garabateaban chorradas en el brazo con forma de pala de la silla y compartían alguna sonrisa cómplice mientras el policía con título de psicólogo seguía pasando diapositivas. Se llamaba Alex y acababa de decir, con su sonrisita de colega, que «la mejor arma de un policía es el diálogo». Y a Alto se le hincharon los cojones.

—¿Cuántas veces te han apuntado con una *glock*?

—Perdone inspector...

—Sí, hombre, ¿qué cuantas veces te han sacado un arma en una redada? ¿Alguna vez has tirado de pistola? Porque supongo que tendrás una, ¿no? A lo mejor es que eres de los que acabas con los malos por agotamiento, a base de darle a la húmeda. Ellos disparando y tú soltando chorradas mientras te parapetas detrás de un coche.

Todos rieron, menos Pere Aymerich. El comisario jefe estaba allí para darle empaque a la cosa, que la tropa se tomara en serio el «Curso de seguridad de proximidad y modernización de las prácticas policiales». A Alex se le había secado la garganta. Ni frases ingeniosas, ni chistes pueriles sobre polis y cacos ni mucho menos palabras en inglés. Bebió agua. Miró con ojos de náufrago hacia Aymerich en busca de ayuda.

—Alto, no creo que Alex merezca ese trato. Está aquí para...

—Tocamos los cojones, jefe. Ahí fuera se secan el culo con estos manuales de autoayuda. ¿Qué pasa, que ahora somos como la Bella Easo, repartimos magdalenas y no hostias? No me joda.

Y se largó, como el niño malo de clase al que todos los profesores temen. Ese día, Alex «el motivador» enmudeció y no volvió a abrir la boca hasta que estuvo en brazos de su chico, policía como él, en su pisito de Argüelles. Ese día, Aymerich juró que Alto no volvería a dejarle en ridículo. Que llamaría a Madrid y lo empaquetarían de vuelta a la Península.

Hasta hoy.

EL COMISARIO le recibe con una sonrisa. Neutra. Mallorquina. La suya es la mesa más despejada que recuerda. Un cenicero de cristal, horrendo. Una placa de plata de su promoción, horrenda. Un abrecartas nacarado y horrendo y ni un papel, ni un expediente. Nada. Porque Pere Aymerich no ha pegado un palo al agua en los últimos cinco años. Es un poli de despacho, químico de formación, putero por afición, butifarra por linaje. El primero de su blasonada familia en lucir un uniforme azul. Es un patán, pero bien conectado con la sociedad a la que sirve más que vigila. Lo suyo son las fiestas benéficas, las fotos con camisa blanca y pantalón granate en el Brisas. Los *gin-tonic* en el Dry y los fines de semana en la *possessió* familiar en Felanitx, que comparte con unos hermanos tan vagos y derrochadores como él. Es un buen jefe porque no da por culo. Deja hacer porque sabe que no sabe y aspira a vivir bien también entre semana. Si llama es porque tiene un problema personal. Si llama a Alto es porque el problema es de dimensiones estratosféricas.

—Alto, te he estado llamando.

—Ya.

—Nunca coges el móvil, te recuerdo que te lo paga la DGP.

—Ya. ¿Qué pasa?

—No lo entiendo. Si llamo tienes que coger.

—Ya... ¿Entonces?

Parece que Aymerich ha captado el mensaje. A Alto se la suda que esté cabreado, no le coge el móvil porque si es por un crimen le avisará antes el último mindundi de la comisaría que el canapero de su jefe. Normalmente es al revés. «Comisario, han encontrado a un fiambre en un chalé de Son Armadans. Tiene roto el cuello». Vaya, es que estoy en una recepción. ¿Tengo que ir? «No, no hace falta, es un guiri». «Vale, vale, pues ya me vais contando». Y así hasta que el muerto fue Basquida, el puto plumilla arrojado hecho un eccehomo en un vertedero.

—Tengo unos amigos que te quieren conocer.

—¿Me tirarán cacahuets, tengo que enseñarles la pistolita?

—Alto, hombre, colabora un poco, que es un favor que te pido...

—Últimamente me ha pedido unos cuantos.

Aymerich acusa el golpe. Sabe que es un comisario florero. Detesta al navarro. Porque es un *foraster* que se cree con derecho a husmear en una sociedad que ha sobrevivido a todos enterrando la mierda en el jardín. Porque lo que se sabe se calla, porque mira siempre hacia otro lado, porque hay un código no escrito que dicta que el peninsular viene pero también se va y siempre quedarán ellos, los mallorquines. Esta es su tierra, la han cedido en usufructo a unas manadas de guiris, incluso les dejan compadrear con ellos, quedarse con las mejores mansiones de la costa, pero al final, las casas de tierra adentro, los olivos, los naranjos siempre serán de los aborígenes... mientras puedan mantenerlas. Alto no es de los nuestros. Nunca lo será. Demasiado chulo, demasiado soberbio, demasiado listo, demasiado...

—No te preocupes, este te lo cobrarás bien.

Coño, piensa Alto. Se ha rehecho bien el bobo. Ha logrado intrigarle.

—Altolaquirre, será un *winwin*, que dicen los ingleses. Necesito que me acompañes a una cena. Hoy. Es en mi casa del pueblo.

La de tu madre binguera, la que empeñó las joyas, la que os dejó una pachana de mil pares de cojones porque no se enteró de que vivir sin trabajar ya no era posible incluso para los de su ralea. La que te obligó a pedir un préstamo al usurero porque la Banca March, la vuestra, os iba a embargar la choza. Demasiado para un Aymerich. Una hija de puta doña Fina, pensó Alto mientras observaba la mesa impoluta y en desuso de su superior.

—¿Para? ¿Qué pinto yo con los de su clase?

Alto no le aclara a qué tipo de clase se refiere.

—Bueno, ya te contarán. Pero vamos juntos, quedamos en mi piso de Jaime III.

Al comisario jefe le encantaba decir eso de Jaime III, el geolocalizador de la riqueza en Baleares. La milla de oro palmesana, apenas ochocientos metros de pisos enormes y soportales arqueados. El suyo no es de los más grandes, tampoco un ático, pero está donde un Aymerich tiene que pasar el invierno. Cuando los palmesanos recuperan su ciudad y deja de estar mancillada por turistas en camiseta sin mangas, chanclas y bañadores horribles. Los que se dejan la pasta y que solo por eso se les permite pasear por sus calles durante cinco meses, tostarse al sol hasta ponerse como gambas rojas. Una bicoca para

las farmacias, que les cobran los aftersun a precio de caviar.

En el despacho de Alto sí hay papeles. Una montaña de papeles. La última vez que prometió ordenarlos se le cruzó otro muerto. Un alemanote con la cabeza abierta en una riña de bareto. Mala suerte. Es lo que tiene medir uno noventa, ir mamado y no calcular que aquel chaval bajito a cuya novia intentó vacilar era campeón autonómico de *full contact*. Una mala bestia deseosa de demostrarle a ese gigantón que su izquierda era una honda y su pierna un martillo pilón. Lo dejó seco, desnucado. Nada que hacer. Salvo salir por patas. Pero como Mallorca es pequeña y Jackie Chan muy tonto lo único que se le ocurrió fue sacarse un billete en el *ferry* a Ibiza. Lo dicho, muy cortito. No había alcanzado ni la escalerilla y ya estaba engrilletado en el suelo, moqueando cómo el mierda que era en realidad.

JOAN ESTABA sentando en su silla. En la de Alto. Por tocarle un pelín los cojones. A él se lo permitía. Era de allí pero le pilló el punto. Un buen compañero, de esos que dejó de hacer preguntas cuando supo a la tercera invitación que, si hay que beber, Alto prefería hacerlo solo. Que él no habla de su vida porque es la única manera de centrarse en la de los demás. La de Joan es la de un padre y esposo entregado, con una casa adosada y un apartamento playero en el enjambre de cemento y hormigón de la montaña de Andratx. Un tipo de biografía insulsa que no dudó en disparar y proteger a Alto cuando el navarro recién llegado se creyó que aquellos rusos iban de farol. No sabe si le salvó la vida, pero se la arrebató al gorila que encañonaba a Alto. Fue en Calvià, en un chaletazo de líneas ovaladas y dorados por doquier. Sí, puede que no fuera a disparar, pero no era cosa de preguntar. Joan no lo hizo y Alto lo agradeció. Tiene cojones y eso es bueno. Muy bueno en un país donde, a juicio de los maderos que no soportan al motivador Alex, hemos pasado de los camellos a los narcos sin tiempo para aclimatarnos.

—¿Qué tal con el jefe? Alto pareces su novia, macho.

—*Vete a tomar por culo.*

—No, si ya me gustaría a mí. Se ve que si te meten la puntita te dan el ascenso.

—A ti ni con un kilo y medio de sobrasada de *porc negre* alojada en el

orto, inútil.

—Ya, ya ¿y qué quería Aymerich?

—Invitarme a una cena. Unos amigos suyos me quieren conocer.

—Te tirarán cacahuets.

Cuatro años juntos dan hasta para clonarse los chistes.

—Supongo, querrá lucirme como su poli duro. Pasearme para que sepan que en Ruiz de Alda no solo hay oficinistas de mierda como él. Que algunos sí damos positivo en la prueba de parafina.

ALTO SOLO tiene un defecto. Recuerda las caras, pero no los nombres. Imposible cuando hasta las plantas en la ciudad se llaman Tomeu. Está abotargado. Demasiadas noches en vela y demasiados polvos mañaneros le tienen agilipollado. Se promete recordar los putos nombres. Memorizarlos. Estar pendiente de los apellidos. Porque en Mallorca, eso sí que se le ha quedado, las presentaciones son con nombre y apellidos, porque en determinados círculos no te presentan a alguien sino a siglos de historia.

Llega puntual. Por la cara del comisario sabe que ha acertado con el atuendo, elegido con toda la mala hostia de la que Alto es capaz. Vaqueros descoloridos y un polo azul sin marca. Aymerich en cambio luce el uniforme oficial del verano: pantalón chino verde chillón y camisa blanca de Hugo Boss. Ah, y unos gominis Tod's de piel vuelta. Alto se ha presentado en zapatillas. Blancas, de acuerdo, pero unas putas zapatillas de tenis de marca española.

—¿Qué, nos vamos? Altolaguirre, espera que saco el coche. Al final no será en mi casa de Felanitx. Vamos a Porreres, a la finca de un buen amigo.

Alto se enciende un cigarro. El tercero desde que se prometió hace cuarenta minutos que esta vez sí que dejaba de fumar. No es que le preocupe su salud. Ni que el bigote amarillee y por supuesto nada que objetar a su olor. Lo que le encabrona es saber que depende de algo que es incapaz de controlar. Que es el señor Marlboro quien decide el momento y el lugar.

—*Bon vespre*, Altolaguirre. Coño, no me asuste, usted por aquí, ¿es que nos han matado a alguien?

—Buenas. Albert. No se preocupe que hoy tampoco tendrá que trabajar.

—Me tranquiliza saberlo. ¿Entonces?

—He quedado con el comisario.

—Anda, se ve que vamos juntos, caray qué sorpresa.

A Alto le cambia la cara. Así que uno de los que le tirarán cacahuetes es el fiscal jefe de Baleares. Un cabronazo vago, adiposo y socarrón, cuya principal tarea es pasear a su perrito, alternar de día con sus pares palmesanos y de noche con las putitas argentinas a las que tiene tanta querencia. Ellas, puro amor, no le cobran porque el fiscal-pulpo les apaña el papeleo y mantiene a Inmigración alejada de su jefe. Albert Enseñat es como el corcho, pesará media tonelada pero el cabronazo siempre flota, entre cambio de gobierno a izquierdas y a derechas permanece amarrado a su canonjía. Esta vez no le acompaña el escolta. No procede llevarlo a una cena con amigos de toda la vida. Los que saben que para Albert antes que la seguridad está la apariencia. Y con ellos no cuela.

—Bueno pues ya estamos todos. ¿Te pones tú detrás? No, Albert, hombre. Se lo digo a Alto.

Llegar hasta Porreres un miércoles por la tarde desde Palma sería apenas un suspiro. En la Península dirían que el trayecto es tan corto que no da tiempo ni para mear. Pero sentado en el asiento de atrás del Mercedes de su jefe, Alto se retuerce en puro tormento. Se pellizca la tranca mientras maldice al comisario jefe y su conducción a la mallorquina: carril izquierdo de la autovía, a no más de setenta y obviamente sin hacer uso alguno del intermitente. ¿Para qué? Lo aprendió al poco de llegar a la isla. Cuando Joan insistió en llevarle hasta el hotel de tres estrellas lleno de británicos de despedida de soltero que amablemente había reservado algún retrasado de la DGP hasta que encontrara un apartamento acorde con su magro sueldo.

—Oye, Joan, gracias por traerme hasta Magaluf a estas horas. Solo una cosita. Tú del intermitente como que pasas, ¿no?

—Para qué lo voy a usar. A quién le interesa saber dónde vamos. Anda, buenas noches, *foraster*.

Sobre una suave loma, con el sol ya de retirada, la mole de piedra de Son Valent adquiriría un aire fantasmagórico y amenazante. Quedaban apenas cinco kilómetros, y la finca se divisaba desde la carretera. Escaso consuelo para Alto, que seguía maldiciendo en la trasera del coche mientras intentaba mitigar

con leves pellizcos las ansias irrefrenables de abrir las esclusas. Su jefe y el fiscal pararon su animada charla en mallorquín para dirigirse por primera vez a su acompañante.

—Altolaguirre. Si se fija todas las posesiones tienen unos bellos muros de marés, esto es típico...

—Jefe, pare el coche.

—¿Cómo dice?

—Me estoy meando, no puedo más. O para o le tiño de amarillo la tapicería.

Una vez que Alto se ha aliviado sobre «un bello muro de marés», la comitiva sigue rumbo a Son Valent. En silencio. Se ve que los cicerones se han molestado. Uno no orina sobre siglos de historia. Se aguanta y punto. Cuatro curvas después, allí están. Se bajan del coche junto a la puerta principal, mínimamente iluminada por un fanal. Alto observa cada detalle. Un muro, de marés obviamente, circunvala la inmensa finca. Sí debió ser una maravilla. Aún lo es. La casa principal tiene cuatro plantas. Sus sólidos muros y la torre de vigía recuerdan las incursiones berberiscas a las que tuvo que hacer frente la costa de la isla. Mientras aguardan a ser conducidos al interior, Alto sigue escudriñando ese trozo de historia. El camino señalado por unas palmeras decapitadas por la voracidad del picudo y la incapacidad financiera de su dueño para pagar los costosos tratamientos contra la plaga. Desde el patio, malamente empedrado, Alto atisba una pequeña capilla, un *celler*, las balaustradas que conviven con los alféizares labrados en la misma piedra, unas cuadras abandonadas y los ventanales de persiana mallorquina a los que el sol y la orfandad de una mano de pintura han difuminado los tonos verdes que debieron lucir. Se nota lo que fue. Se ve lo que es hoy. Una señorona vieja y gorda a la que nadie quiere y apenas cuidan. Una carga familiar que hay que mantener porque pesa más el orgullo. No, Telmo Alemany, descendiente de los primeros peninsulares que ayudaron a Jaume I a librar Mayurka del dominio sarraceno, no perderá la *possessió*. Esa vergüenza la han tenido que soportar otros. Los Forteza, los Torrella, los Fortuny. Sus casas, sus linajes, reducidos a lo más indigno. Todos ellos se habían quitado los imposibles gastos de sus fincas vendiéndolas a millonarios suecos o alemanes enamorados del sol y practicantes de la religión verde. Otros, las arrendaban a hoteles rurales.

Telmo optó por una tercera opción que solo a su juicio, era menos humillante que las escogidas por sus homónimos. Son Valent se alquila para bodas, bautizos y comuniones, pero su orgullo le impide anunciarse mediante una página web. Pretende que parezca una generosa concesión al vulgo más que airear la verdad: la perentoria necesidad de hacer rentable el que no deja de ser el objeto de su ruina. Por eso, porque lo gestiona en semiclandestinidad y la crisis ahoga, la piscina acumula moho, las hojas tiñen de marrón el agua huérfana de cloro y el matrimonio de filipinos que sale por fin a recibirlos eran ya mayores cuando España salió por patas de la colonia de ultramar. «Por aquí señores. Don Telmo les aguarda».

Un grupo de hombres conversan en una inmensa sala. La luz tenue de unas lámparas de araña ayuda a ocultar las humedades de las paredes desconchadas y los cercos de óxido de los radiadores. Habrá mucho alcohol, pero intuye que poca comida. Beber para olvidar el hoy y recordar el ayer de puestas de largo, guateques y cacerías de perdices. El hombre en el centro del corrillo les dirige una sonrisa y se acerca a los recién llegados. Elegante, con manos de caballero y ojeras de jornalero. Telmo saluda con camaradería entre iguales al comisario y al fiscal. Alto se descojona en silencio. Joder, todos con camisa blanca o azul de lino. Todos con mocasines y con esos chinos de colores que en otros países más serios te llevaría a la horca.

—Hombre Pere, este debe ser nuestro hombre. ¿Iñaki Altolaguirre verdad?

El tonito ya va jodiendo a un Alto cada vez más en guardia, cada vez más nervioso, cada vez más arrepentido de haber aceptado la invitación a este remedo de *Los santos inocentes*. Si le han reservado el papel de Paco el bajo lo llevan claro. No, chatos. No inclinó la cabeza en el caserío ante esos carlistas trasnochados que trataban a sus padres con falsa condescendencia. Mucho menos doblará la cerviz ante los señores: allí era el hijo de un aparcerero que recogía el estiércol. Aquí es un poli que airea la mierda. Matices.

—Sí a lo segundo; lo primero, depende.

—Navarro ¿no? Una vez estuve en la Selva de Irati, cazando jabalíes...

—Yo lo único que cazaba eran contrabandistas y etarras.

El comisario intervino antes de que Telmo terminara por desplomarse. Uno a uno todos los invitados fueron conociendo a Alto. Aymerich no le soltaba el

brazo que presionaba en función del grado de desbarre en las respuestas del inspector a sus interlocutores («Pero catalán y mallorquín son lo mismo, ¿no?». «Hombre, por lo que tengo entendido, para autóctonos, autóctonos los musulmanes, ¿no?»....). Cuando el riego empezaba a faltarle en su brazo derecho, Alto optó por quedarse mudo. Ya le tocará hablar, pero de Son Valent saldrá con los dos brazos intactos. Por sus cojones.

Tal como temía había mucho alcohol y muy poca comida. Una coca de pimientos, unas sobrasadas, algo de queso mahonés y las empanadillas típicas de la tierra, donde para disgusto de Alto siempre hay más guisante que carne. Afortunadamente la cena fue de pie. Otro truco de rico venido a menos. Así alguno podrá pensar que si comió poco no es por falta de viandas sino de habilidad en la caza. No es el caso del fiscal jefe. A dos carrillos. El anciano filipino es presa fácil de Albert Enseñat. Le cierra el paso, le impide avanzar hasta el resto de comensales y le obliga a frenar hasta que el fiscal se ha cobrado su estipendio. Enseñat es conocido entre sus iguales como «el Balines». El filipino lo sabe, pero no puede apartar la cara para evitar los impactos. «Gracias Domingo, qué mano tiene su mujer. Parece de aquí, joder». Uno justo en la oreja, el otro afortunadamente en el pómulo. Un poco más arriba y el guisante le deja tuerto. «Gracias don Albert, se lo diré. Es usted muy generoso». «Ande, ande, tire... que el resto de invitados querrán probar los cocarrois».

La velada transcurre entre asuntos tan banales como la sequía, la almendra cada vez menos rentable, las subvenciones europeas que nadie ha cobrado y que alguien en el *Govern* se ha quedado... Alto está sorprendido. Estos tipos altivos, con sus ridículos gemelos de la Orden de Malta, son unos payeses que aman su tierra, que la conocen, la cuidan y no están dispuestos a perderla. Ya han cedido parte. Como los pieles rojas que se refugiaban en los riscos ante el avance imparable de las carretas de los colonos, los butifarras han vendido a los bárbaros del norte muchas de sus posesiones costeras. Ganan tiempo con la esperanza de reflotar unos negocios, poder vender los frutos de una tierra que nunca será rentable mientras lo que manda Bruselas se pierda en los oscuros meandros del *Consell*. Dos horas después les está cogiendo cariño. Sin alardes, pero ya no desea que se despeñen por un barranco. El fiscal y su jefe, sí. Un pequeño tributo a la pacha mama. Antes, la Mallorca profunda

tiene que hacerle una propuesta al *foraster*.

Sin apenas darse cuenta, media docena de apellidos le tienen cercado. Ya nadie sonríe y todos miran a Pere Aymerich. El comisario asiente. Ha llegado el momento.

—Alto, si hoy estás aquí no es por tu natural afable ni tus ansias de integrarte entre los nuestros.

—Ya imagino, pero jefe, no se recree con la guasita que igual sale escaldado. El *show* se lo reserva para otro día.

—Tenemos una propuesta que hacerte.

ANTONIO ALSINA cena solo. Lasaña congelada y un vaso de vino blanco. Enciende la tele. No tiene sueño. Tampoco ganas de llamar a casa. Palma se le ha echado encima. Pesa ser el jefe de los inspectores, de un equipo humano cuajado de mallorquines y en el que su condición de aragon s sienta como una patada en los mismísimos. Antes disfrutaba de esa sensación de poder, el temor reflejado en el rostro de aquellos estirados que siempre se sientan separados del resto. Ahora no. Demasiados años en la isla le han permitido conocer a muy buena gente, buenos aborígenes que, superadas las reticencias atávicas de una isla invadida por romanos,  rabes y castellanos, se muestran generosos, cercanos y afables. Pero su trabajo consiste en escudriñar sus cuentas, el estado de sus finanzas, descubrir que, quizá también por histórica costumbre, en todo mallorquín hay un superviviente, un contrabandista que prefiere que *els doblers* no tengan olor ni rastro. Mejor en el jerg n que en el banco. Tendr  que hablar con la jueza. Algo no le cuadra. Demasiada felicidad en tiempos de crisis. Si no fue el banco, alguien tiene que ser el responsable de tanta *possessió* reformada. Otro frente que en nada conviene a su cabezoner a aragonesa. Sabe que está solo. Le han dejado tirado. « Pero no queríamos todos lo mismo?». Se ve que no. Antes lo intuía. Desde ayer, lo sabe. «Te estás metiendo en un jardín, qu n cojones te crees». Así, señalándole con el dedo, sin cita previa, recordando que la sede de Hacienda lo es por delegación. Que el despacho que ocupa es por un acuerdo entre Madrid y Palma. Allí callar, aquí pactar. Así de fácil hasta que Alsina decidió apretar el acelerador. Agitar el avispero de corruptos sin importarle que ahora

tocara ir exclusivamente contra el PP. En Lampedusa todo cambia para que nada cambie. Se alternan los gobiernos, de acuerdo, pero Alsina ya debería saber que emisores y receptores siempre son los mismos. Sí, tiene miedo. No es físico. Sabe que el emisario busca recordarle que hoy es el delegado y mañana un puto número. Que ellos le pueden emborronar la carrera. Su muerte civil. Suena el microondas, la lasaña ya está lista. Él, también. Contra los butifarras, contra UM. Tanto monta... Llamará a Marga Valiente. De cazurro a cazurra. Necesita una muleta en la que apoyarse y no se le ocurre una mejor. Quizá porque no tiene otra. Llama a casa. «Hola amor, cómo están los críos, os quiero tanto...».

DUERME PROFUNDAMENTE. Boca arriba. Desnuda. Ronca. Ella dirá que no, que simplemente respira fuerte. No es verdad. Altolaguirre lo sabe. Porque otra vez está en el salón. En el sofá. Fumando. No ha logrado dejarlo. Tampoco borrar de su cabeza Son Valent. Ahora está en la terraza, observando su limonero. De lo poco que se trajo en la mudanza. Un limonero en casa de la jueza. En el balcón, regado cada tres días. Bien podado y nutrido con los mejores fertilizantes. Crece fuerte. Muchos cuidados. El único ser vivo al que Alto mimaba con devoción. Mucho más que al hijo que nunca ve. Su error de juventud, cuando creyó que un bebé y una mujer aliviarían su desapego, su falta absoluta de empatía, su anhelo imposible de ser digno hijo de su padre, dándole a don Fermín un nieto. Diego Altolaguirre. Sí, ahora es un mocetón. Sin padre. Y sí, el orgullo de su aitona. Un euskaldun, un pelotari, un gudari. No ve a Diego porque la familia no se elige, pero el chaval ya ha decidido que tiene ama pero no aita. ¿Iñaki, el poli? Eso jamás. Txakurra le llamó la última vez. No se movió. La cara amoratada, la mano de Alto marcada en el rostro encamado. No se inmutó. Ni una lágrima. Fuerte y orgulloso. Como el padre que cuida el limonero y al que nunca ve.

—¿Otra vez desvelado? ¿En qué piensas?

—En nada. Es que roncas como los tres tenores, guapa.

Ella ríe.

—Anda vuelve a la cama. A ver si ahora estas a la altura.

La jueza es una cachonda. Parece que le quiere. Él no sabe. Mira su cuerpo

desnudo. Lo acaricia. Todavía jadea. Exhausta. Sí, quizá podría llegar a amarla. No ahora. Todavía no. Ahora tiene cosas más importantes de las que ocuparse.

—Amor.

—¿Es a mí?

—Sí, idiota. Cuando te acabes el cigarro te cuento una cosa. ¡Y no tires la colilla por la ventana!

—Vale.

Tres minutos después, Alto observa la colilla consumirse en el empedrado de la calle. Es el momento de volver a la faena.

—Qué me tenías que contar gatita.

—¿Gatita? Hazme un favor, Alto. No dejes salir al Alfredo Landa que hay en ti.

Así, en gayumbos, arrodillado en la cama dispuesto a ensartar de nuevo a la tía buena que tiene delante la comparación con Landa ha sido devastadora. La increíble historia del miembro menguante.

—Joder, Marga, pero qué hija de puta eres cuando te da la gana. ¿Qué me tenías que contar? Hasta que deje de verme en Benidorm corriendo en pelotas detrás de las suecas, vas a tener que enrollar un sumario. Será lo más duro que encuentre en esta sala, señoría.

—Jo, perdona, ya sabes, los aragoneses somos muy brutos. Ayer me tomé una caña con Antonio Alsina. Estaba fastidiado el hombre. Le han dado un aviso. Que se ande con cuidado. Que si sigue husmeando en los asuntos de UM y revienta el pacto de *Govern* con alguno de sus informes para Anticorrupción le van a mandan a hacer inspecciones a granjas de la península.

A Alto le cae bien el delegado de la Agencia Tributaria. Un tipo con un par de cojones. Adusto, serio, honesto y un amigo de verdad de Marga. De esos que la miran a los ojos y no a las tetas. Ella zaragozana, él de la Ribera de Aragón, casi haciendo muga con Tafalla. Según él, en la única concesión al humor que se permitía: «una ciudad en el extremo norte de Aragón», más que nada para tocarle los cojones a Alto. Los tres habían compartido más de una *porcella*, tomado unos cuantos vinos y disfrutado de la puesta de sol borrachos como cubas en la playa. Ser de fuera te une cuando la casta política te ve como apestados que vienen a romper la *pax* de la isla, la suya, la que llevan años

perfeccionando para fortuna de sus faltriqueras y desgracia de sus gobernados.

—Qué hijos de puta. En fin, que se venga a cenar un día y se desahogue...

—Se lo diré, pero en realidad quiere quedar contigo. Le he dicho que pase a verte.

—¿Para? Yo mucho no le puedo ayudar. ¿Homicidios recuerdas?

—Bueno, está lo del prestamista...

Un latigazo recorre el espinazo de Alto. Qué hostias pinta Estellrich en el viacrucis de Alsina. Ahora Alto está de pie. Fumando en la habitación mientras Marga, hecha un ovillo, intenta justificarse, aclararle que «solo» le ha contado que hay un usurero de cabecera de la milla de oro, que «no pensaba» que fuera para tanto, que «si no quiere que ni quede con Antonio», «amor, si es una gilipollez...».

—Aquí la única gilipollas eres tú. ¿Cuento yo tus sumarios en Ruiz de Alda?

—Oye, a mí no me llames...

—Qué, ¿gilipollas? Tienes razón. El gilipollas soy yo por no tener la boca cerrada. Se ve que no se puede confiar en ti.

MEDIAHORA de gritos e insultos después, Alto duerme solo en su casa. Ahora tiene dos preocupaciones. Recuperar su limonero y Antonio Alsina. El delegado de Hacienda es madrugador. Alto no lo sabía. Ahora sí. Se aclara la voz antes de coger el móvil.

—Alto, hola, *crack*. ¿No te habré despertado?

—Hombre Antonio. A las siete y cuarto de la mañana las probabilidades son altas, ¿no crees?

—¿Te llamo más tarde?

—El mal ya está hecho. Dime.

Una hora después ambos están sentados en un café de Génova, lejos de la indiscreta Palma. Alsina pregunta y Alto no responde. Da igual. El delegado ya está cachondo y quiere posarse sobre el prestamista. «Mira, Antonio, no metas el hocico ahí», «estoy en medio de una investigación por asesinato...». Agua. Alsina no afloja, «Marga me ha dicho que el tipo lleva una agenda...». El poli estalla. «Al final te voy a calzar dos hostias, la agenda te la voy a

meter por el culo, clarito o no». Alsina está pálido y por fin mudo. Alto baja el tono, pero no cambia el gesto. Trata de justificarse. Boceta una disculpa. Está muy presionado, es un caso de campanillas y todo el mundo anda apretándole. Necesita cerrar el caso. Le pide paciencia y tiempo. «Te prometo que en unos días, una semana como mucho, te cuento lo que quieras...». El delegado ya ha pedido la cuenta. Deja cinco euros sobre la mesa y se despide del madero sin esperar la vuelta. «Adiós, Alto, estate tranquilo, siento las molestias».

En realidad, Alsina no siente una mierda. La reacción desaforada del semental de su amiga jueza ha activado todos sus resortes. Ahora piensa que ha dado con un filón. Ahora sueña con explotar esa veta y que al pasar el cedazo por la agenda del prestamista aparezcan las pepitas que está buscando: igual alguno de los políticos que han decidido joderle la carrera por ser demasiado molesto, demasiado honrado. Vale, había pensado esperar a que Alto tuviera a su asesino. Ahora no. No después de que el navarro se portara como un macarra y se atreviera a amenazarlo.

Cuarenta minutos después, en su despacho hay tres hombres y una mujer. Parte de su equipo. Cuatro funcionarios discretos; mallorquines a quienes se la sudan los orígenes y mucho más los motivos de su jefe. Lo admiran porque firma todos los informes remitidos a Anticorrupción. No con la intención de arrogarse méritos ajenos sino para proteger a su gente de las presiones de los políticos retratados en esos informes. Le veneran porque su olfato nunca falla. Porque si muerde no suelta. Porque está solo, con la familia en Zaragoza y no ha pedido el traslado como antes hicieron otros. No hasta que acabe con la tarea. Y tiene para unas cuantas legislaturas. Si no se lo cargan los que tienen el poder democrático para hacerlo, esos que quizá también le admiren, pero sobre todo le temen.

Es joven, apenas ha cumplido la treintena y todos en la delegación dicen que llegará muy alto. El chaval promete. Se mueve entre balances como el hurón en la madriguera de un conejo. Repta, olisquea, atosiga y muerde hasta que desangra a la presa. Alsina lo ha testado con jubilados británicos de piel blanquecina y patrimonio opaco. Marc Miró dio la talla y ahora escucha en el despacho del delegado un nombre que le hace revolverse por dentro, que le seca la garganta, humedece sus ojos y hace imposible parar el temblor de su pierna derecha, la que alerta a todos los presentes de que el más joven de

todos ellos está nervioso. Mucho. Porque justo ahora Marc no tiene treinta años sino quince y está removiendo cajas vacías en el almacén trasero de Colmados Miró. Allí pasa casi todas las tardes ayudando al bueno de Matías, su padre, el tendero más querido de General Riera. El único que fía a las clientas de toda la vida, esas cuyos maridos e hijos ya no tienen trabajo y siguen multiplicando panes y peces en un milagro diario que solo es posible gracias a la generosidad de don Matías Miró. «Padre, no podemos seguir fiando, no nos cuadra la caja, es muy arriesgado, quién te dice que te acabarán pagando. En serio, padre...». Don Matías se había ganado el prefijo de respeto y eso también lo sabía el atribulado Marc. «Sus ojos, hijo. La mirada de un hombre jamás miente. Mira siempre a los ojos. Todo está ahí. El odio, el desprecio, y también que tus vecinos pagarán cuando puedan, porque miran de frente, porque aquí todos bailamos con la más fea».

La más fea es la miseria que atiza inmisericorde a calles como General Riera, tan cerca de la opulencia del centro de Palma, pero no lo suficiente como para recibir la respiración asistida de miles de turistas dispuestos a gastarse sus ahorros en los comercios del corazón palmesano, esos por los que sus dueños pagan alquileres astronómicos a la maraña de testaferros tras los que oculta su inmensa fortuna Julián Estellrich.

General Riera es un viacrucis de miserias a pleno sol. Con luz, pero sin taquígrafos. Gente a quien la crisis le toca de lleno y los políticos solo de refilón. Ya no son caladero. No les visitan. Antes al menos podían contar con los *compravotos* de UM, siempre dispuestos a ejercer la gran labor social de montar comilonas, ofrecer empleos sin necesidad de experiencia o pagar directamente por la papeleta. Ahora no. No son nicho ni gremio. Otra vez invisibles.

Orillados en los bares, una legión de desempleados regatean la crisis a tragos largos. Si Marc se asoma, los adivina en penumbra. No hay dinero para tanto dispendio y la luz está por las nubes. En tierra, a ras de suelo, reina la oscuridad que tapa las barras sin tapas, los expositores anoréxicos, las mesas desconchadas y las caras esculpidas de fracasos que recuerdan que es tan pobre el cliente como el posadero.

A oscuras, todo se esconde, pero nada desaparece. Es la táctica del hostelero de barrio humilde, de la puerta trasera de Palma, por donde no

procesionan los cruceristas, a donde no llegan las bermudas, las camisas floreadas, ni las cámaras al cuello. El pobre no se exhibe, tampoco se camufla. Solo es una sombra que bebe tragos largos de miseria. Marc trabaja viernes y sábado en el colmado. Entrega los pedidos en bici. Ordena las existencias. Algunas veces hasta atiende. «Qué, don Matías, el chaval heredará el imperio, ¿no?». Pero no, no es lo que quieren ni el padre ni el hijo. Un día podrá colgar el cartel de «Se traspasa», coger del brazo a Rosa y llevarla a Sa Colonia, a esa casa de tres habitaciones y un inmenso porche desde el que verán la puesta de sol junto a los nietos que les dará Marc. Eso sueña el padre, eso quiere el hijo. Eso es lo que les jodió Estellrich, el hombre que hace que le tiemble la pierna, se le seque la garganta y tenga una negra sombra en el alma.

—Qué buena pinta tienen las naranjas, Matías.

—Llévese algunas para casa don Julián, invita la casa.

—Ay, Matías. Ese es tu problema. Tu estúpida generosidad. ¿Sabes porque es estúpida? Porque me regalas lo que ya es mío. Concretamente en once días. ¿Lo ves? Aquí, en rojo. Once días Matías.

Fue la única vez que Marc vio a Julián Estellrich. Allí, en Colmados Miró, la tercera generación de buenos tenderos. Marc siente curiosidad. Está intranquilo. Su padre, el de inmenso corpachón, el de manos como abarcas, se ha jibarizado ante un enclenque que agita en su mano lo que el joven Marc cree que es una agenda. Que la abre mientras su padre mengua. Que señala algo y don Matías baja la cabeza. Porque fue eso lo que Rosa explicó a su hijo, envuelto en incontenible llanto. «Por qué, madre, por qué tuvo que pegarse un tiro». «Hijo, tu padre ya no te podía mirar de frente a la cara. Por eso, Marc, por eso».

—Sí, le conozco.

Todos se giran hacia Marc. Los ojos vidriosos.

—¿Te encuentras bien?

—Julián Estellrich. El prestamista. Le conozco. Lo que le han contado es verdad.

Ahora todos atienden al novato y la historia de un usurero cuya libreta es como una guadaña. No habla de su padre. Para qué. No fue el primero. Ahora sabe que tampoco fue el último. Y su mierda es solo suya. Toca limpiarla. Lo hará. Saldará sus cuentas pendientes con Estellrich. Por su padre muerto, por

su madre muerta en vida, que tuvo que malvenderle al prestamista la casa con hermoso porche para cubrir las deudas de Matías.

—La clave es conseguir la agenda. Ahí está todo. Lo que presta, lo que le deben, quién, fechas de vencimiento. Si nos hacemos con la libreta tendrá lo que busca.

—¿Y qué buscamos?

La que pregunta es Nuria. Cincuentona, solterona y por suerte o por desgracia para el resto de conjurados la única con una licenciatura en Derecho.

—Os recuerdo que para meter un nombre en el ordenador tenemos que tener una orden judicial, una investigación en curso. Alsina, usted sabe tan bien como yo que no podemos hurgar en las cuentas de nadie por iniciativa propia. Nos puede costar la carrera. La suya y la nuestra. No se lo ponga tan fácil al *Consolat* de la Mar.

Alsina no le va a contar a Nuria ni a nadie que la suya está sentenciada desde hace apenas diez días. Que por eso se la sudan los protocolos legales que blindan tímidamente a los ciudadanos de los ojos inquisidores de Hacienda. Alsina tampoco le va a contar a Nuria ni a nadie que desde hoy sabe que no los necesita. Que sus carreras no van a ponerse en peligro. Salvo la de uno. Marc le mira de frente. Ambos asienten.

Ya no le tiembla la pierna.

JULIÁN ESTELLRICH se sube la cremallera y se gira hacia la ventana. Sus escasas pulsiones sexuales se las alivia la boca húmeda de Cati. Él indica, ella se agacha. Allí mismo, en el despacho. Cati prefiere tragárselo todo a que Estellrich le salpique la ropa. Ya escupirá en el baño. Forma parte de sus tareas. Coger el teléfono, controlar las idas y venidas de los clientes, subirle el bocadillo de huevo duro y atún, citar al notario y mamársela dos veces por semana. Con más técnica que pasión. Sin reproches ni humillaciones. Cati es la viuda de un cliente. El pago en carne por las deudas del marido crápula, borrachuzo y ludópata que perdió la licencia de taxi en una timba. El mismo que antes de palmarla de cirrosis cedió los derechos de pernada sobre su mujer, a juicio de todo el barrio de muy buen ver, al mayor de sus acreedores.

Muerto Paco no se extinguió la deuda. Y Cati se convirtió en la secretaria que coge el teléfono, la que cierra citas, le sube el bocadillo y se la chupa dos veces por semana.

Termina de enjuagarse la boca. Se arregla el pelo y se ajusta la falda. Otra carrera. No gana para medias, pero es demasiado coqueta, y mayor, como para ponerse pantalones. Además, la mamada no tiene día fijo. Con su mala suerte seguro que don Julián solo le llama al despacho los días que lleva falda. Nada. A joderse.

En eso anda Cati, con sus gárgaras de Oraldine, cuando suena el timbre. Raro. Hoy no tiene apuntadas visitas y desde luego nadie puede venir sin cita. Al otro lado de la mirilla hay una mujer joven, morena, guapa. Natalia vuelve a tocar el timbre. Cati abre porque la reconoce de verla en los periódicos. Pudo más el morbo que las instrucciones claras de don Julián: todo anotado, todo organizado, todo con su horario. El imprevisto de piernas infinitas ni siquiera espera a que Cati le suelte su discursito.

—Está ahí ¿no?

—Sí, pero sin cita no puede...

Natalia ya está dentro del despacho. Se miran a los ojos. Rabia en los de ella. Curiosidad de entomólogo en los de él. Natalia quiere saber cuánto debe. «480.000». Si está dispuesto a rebajarle la cantidad dadas las circunstancias «No señora. Lamento su pérdida, pero comprenderá que no debo hacer excepciones». Cuánto tiempo tiene hasta que venza el pago. «Tres meses». Natalia no espera a saber las consecuencias en caso de no reunir el dinero. Le falta el aire, pero no pierde la compostura. Se marcha dando un portazo. «Buen cirio. Le sientan bien los pantalones. Sería una buena secretaria. Veremos. Dentro de tres meses a lo mejor».

Cati entra azorada. Quiere pedirle disculpas a don Julián. Jurarle que no volverá a ocurrir, que la viuda de Cifre entró echa una fiera y no le dio tiempo a pararla, pero, eso, que «no volverá a pasar. Se lo juro don Julián». Estelrich está enfadado. Mucho. No gritará, nunca lo hace. Nunca le ha hecho falta. Basta con mover la mano displicentemente de derecha a izquierda y señalar la puerta. Cati musita la enésima disculpa mientras se marcha. Y con ella el motivo del disgusto del usurero. Esa estúpida ha dejado abierta la puerta mientras gimoteaba delante de él. Dos moscas hermosas, con buen zumbido, de

abdomen verde, macho y hembra, se van con ella. Ha llegado el momento de cambiar de secretaria.

Tres meses. De sobra para engatusar a un macho. Muy poco para doblegar su cartera. No hasta alcanzar la cifra que necesita. Natalia intenta recuperar el aliento. Por un momento pensó en insinuarse al prestamista. Medirlo. Apenas un segundo. Lo que tardó en darse cuenta que en ese cuerpo huesudo no había vida, ni deseo ni pasión. Juega con el móvil. Recuerda el funeral. «Natalia, lo que necesites». Marca el número de Biel Socías. Un moscón a punto de enredarse en su telaraña.

MARC AVISA al guarda jurado de que se quedará hasta tarde. Que no le haga la putada de apagarle la luz como siempre. La última vez acabó con la rodilla machacada después de comerse todas las esquinas de todos los muebles que le separaban del puñetero ascensor. «Tranquilo, Marc, te prometo que esta vez llegarás entero a la puerta». El funcionario Miró cae bien en la delegación. Porque sonrío, porque saluda a todos, porque es amable, porque bromea, porque no parece un sacacuartos de Hacienda. Porque el huérfano de don Matías mira siempre a los ojos. Ahora posa los suyos en unas notas garabateadas sobre papel reciclado. Las mismas desde hace cuatro noches. No le cuadra. Todavía no sabe el qué, pero algo no le cuadra. Julián Estellrich Palop, 68 años, soltero. Propiedades: un despacho en la calle Sindicato y una pajarera de apenas cuarenta metros cuadrados en General Riera. Marc eres imbécil. Del todo. General Riera. Colmados Miró. El local de tu padre. Parte del pago de la deuda. La casa de Sa Colonia. Busca, ahora busca. Juegas con ventaja. Piensa. Tú sabes algo que no se deja ver en la pulcra declaración de Hacienda del anciano Estellrich. Tú sabes lo que os quitó. Migas que te llevarán al tesoro escondido.

Alsina llega pronto a la delegación. Son las siete y media. Marc Miró ya le está esperando sentado en el sofá de escay marrón frente a su despacho. Despeinado, con bolsas en los ojos, la camisa arrugada, la corbata apenas abrochada y una sonrisa kilométrica.

—Caray, Marc, buenos días. Por decir algo, menudas pintas. ¿Dónde has dormido? Si es que has dormido, claro...

—Lo tengo jefe, lo tengo.

—¿Qué, a quién?

—Al usurero.

—Entra.

Le cuenta la historia de Colmados Miró, el local de doscientos treinta metros cuadrados, exterior, con posibilidad de salida de humos que un día perteneció a su padre, y antes que a su padre a su abuelo y antes... hasta que se lo arrebató Estellrich y don Matías se pegó un tiro por no poder mirarles a la cara a su madre y a él. El local, que es seguro de Estellrich, figura a nombre de una sociedad, que se llama Muscidae S. L., que tiene fincas, solares, pisos en Palma, en Manacor, naves industriales, cuadros de Camarasa, caballos y hasta maquinaria agrícola.

—Es acojonante jefe, no le puedo decir de cuánto hablamos, pero en mi vida había visto una fortuna igual.

—¿Muscidae son las iniciales de alguien, un acrónimo?

—No jefe, no. Una mosca, una puta mosca, eso es lo que significa en latín. Lo he buscado en *Wikipedia*.

—Caray con el usurero. ¿Tienes pruebas de que es el verdadero dueño de todo eso?

—Todavía no pero me extraña que pueda serlo el prior de Lluc.

—¿El prior de Lluc? ¿Estás de coña? No me fastidies, Marc, por ahí no. Es lo que me faltaba. Primero los políticos y ahora las sotanas. ¿De verdad crees que es su testafarro?

—Uno de ellos, seguro.

—Un fraile, ¿por qué?

—Por eso, porque todos en la delegación pondríamos la misma cara que está poniendo usted.

EL JOVEN espigado de gafas *quevedianas* le ha hecho recordar. Y no le gusta hacerlo. No eso. No que un desastre natural provocó otro personal del que solo la muerte a la que teme logrará alejar. Por culpa de ese impertinente funcionario rememora aquel *cap de fibló* que hace doce años arrancó como si fueran arenilla las centenarias tejas del santuario. Indefensas, expuestas al

negro viento sin su escudo protector, las reliquias del monasterio fueron devastadas, como si la carcoma hubiera caído de un cielo negro y espeso. Los periódicos dedicaron decenas de páginas al asunto. Fotos a doble página, textos lacrimógenos de historiadores de los que nadie había oído hablar. Hasta la televisión nacional se hizo eco de los destrozos. Por una vez Mallorca era noticia por algo más que sus cifras de turistas o sus casos de corrupción. Los políticos supieron ver el potencial y procesionaron a Lluc como si fueran nazarenos del Cristo de la Buena Muerte. Se fotografió con todos: peperos, sociatas, uemitas, independentistas. Atendió solícito hasta al último *juntaletras*. Posó paciente para las cámaras y ensayó su rictus más doliente, como una *pietá* quebrada a los pies de su hijo muerto. Esperó nervioso a que los técnicos del área de Conservación del *Govern* emitieran su veredicto intuyendo que el dolo económico sería muy elevado. Por eso, porque lo sabía, anheló que la cuestación popular sirviera para reunir el dinero suficiente para reparar el tejado y, acaso, que los políticos palmesanos destinaran a Lluc los fondos necesarios. Nada. Arrodillado ante una figura de madera cromada, Auxias Bonany pedía al Altísimo que aplacara su ira. La que le corroía por dentro, la que le llevaba a odiar con su hábito como inútil dique a todos esos estirados, aquellos que le obligaban de crío a labrar sus tierras mientras ellos se solazaban en la piscina, abatían perdices y celebraban opíparas *matances de porc negre*. Él, el hijo de los *payeses*, solo tenía deberes y ningún derecho. Ahora, cuando les veía sentados en primera fila esperando a recibir la comunión se sentía poderoso, arrodillados ante Dios, pero también ante él. Un dios al que ahora le pedía árnica. Porque su reino en la tierra, el que tanto le había costado alcanzar, el que le permitía mirar como iguales a los *senyors*, estaba profanado por andamios, bancos desvencijados, muros caídos y vigas tronchadas. Quiere un milagro. Lo exige. Reza. Las manos entrelazadas con fuerza. Hay más rabia que fervor en la letanía de Auxias. Mira al cielo, a la luz de agosto que azota inmisericorde el altar de una iglesia ya sin techo. Todo se ha llenado de moscas que pican su rostro sudoroso. Ni siquiera las aparta. Tumbado en el suelo, con los brazos y las piernas estiradas, el prior no le oye llegar. Ni tan siquiera cuando el extraño tose para hacerse notar. El visitante deja que el clérigo siga con sus indescifrables murmullos en una lengua que cree latín. Pero no está dispuesto a aguardar eternamente. No le gustan las

iglesias así que decide golpear levemente la planta del pie derecho de Auxias. Dos veces. Bonany se gira sobresaltado. Tiene la mirada perdida, la cara enrojecida de apoyarla en el suelo y el pelo encrespado por el sudor.

—¿Cómo se atreve a interrumpirme?

—Creo que cuando se lo explique lo entenderá. ¿Hablamos en otro sitio?

El extraño aguarda sin inmutarse a que Auxias se incorpore. Permanece a escasos metros del prior, no hace ademán de ayudarlo a levantarse. Tampoco de quitarse el borsalino en señal de respeto. Su actitud le descoloca y Auxias duda si afearle sus modales o atemperar su ira para dejar que mande la curiosidad. Opta por lo segundo.

—Acompáñame, parece que se siente incómodo en lugar sagrado.

—No crea. Acepto que lo que es santo para unos puede no serlo para otros. En mi caso me es indiferente. Digamos que no vivo de espaldas a Dios sino al margen.

—Supongo que no ha venido a debatir sobre principios teológicos. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Más bien al revés. Usted es el que tiene el problema y yo le ofrezco una solución.

No habla con prepotencia ni superioridad, simplemente con seguridad. Auxias empieza a sentirse incómodo. Aquel personaje minúsculo, de tez blanquecina, ojos sanguíneos y manos huesudas no debe pesar más de cincuenta kilos y sin embargo le hace sentir pequeño. Quiere que se vaya cuanto antes. Ni le venderá la madera de los árboles astillados por el *cap de fibló*, ni aceptará su presupuesto por retirar los escombros. Así que poco negocio y poca solución. «No creo que tenga nada que...». Él extraño le interrumpe alzando la mano pero no la voz.

—Le ofrezco correr con los gastos de reconstrucción. Con todos.

Auxias Bonany duda. Porque su interlocutor no sonrío, no le abraza, no muestra ninguna complicidad. Si es un santo que viene a obrar un milagro parece que está en el monasterio de incógnito.

—¿Sabe de cuánto estamos hablando? El tejado, el mobiliario, algunas tallas...

—Redondeando dos millones. Asumible. Lo costearé íntegramente. No habrá problema.

Auxias lucha por no llorar, por creer lo que está oyendo, por no despertarse jamás del sueño. Solo puede decir «gracias». Sin palabras, el prior de los memorables sermones recurre al socorrido latiguillo:

—Hijo, que Dios se lo pague. Su generosidad le será seguro recompensada por el Altísimo.

—No páter, no me lo pagará nadie en el Cielo sino usted en la Tierra. Esto no es una donación sino una transacción comercial. No se preocupe, no tendrá que devolverme el dinero. La forma de pago es otra, seguro que más llevadera para su bolsillo aunque quizá menos para su conciencia. Tendrá que decidir porque una vez que lo haya hecho no habrá marcha atrás.

Doce años después, Auxias tiene sentado en su despacho a un funcionario de Hacienda que hace preguntas que no puede responder. No sin llamar antes a don Julián Estellrich. Necesita ganar tiempo. Porque hace doce años que un *cap de fibló* le hizo empeñar su conciencia.

—¿Sabe el *conseller* que está aquí?

—No, no lo sabe. Tampoco tengo que avisar a nadie del *Govern* dada mi condición de funcionario estatal y no autonómico.

—Señor Miró, usted ha venido aquí insinuando una serie de cosas que si no me equivoco deben ser constitutivas de delito, sin embargo no es ni policía, ni fiscal, ni juez, ¿verdad?

—No, prior, de Hacienda nada más.

—Pues haga la inspección que tenga que hacer pero ni se le ocurra someterme a interrogatorios como si yo fuera un ladrón y usted un policía.

Miró ni se inmuta. Al revés, sabe que los exabruptos del clérigo, sus formas chulescas y prepotentes son el mejor indicador de que está en el buen camino: no ha buscado la complicidad, ni siquiera ha apelado a la condición eclesiástica para lograr una brizna de misericordia. Está claro que Auxias Bonany prefiere enfrentarse a Miró antes que a Estellrich.

—Esperaba algo más de colaboración por su parte, lo que sin duda tendríamos en cuenta en Hacienda a la hora de manejar este escándalo.

—¿Qué escándalo? ¿De qué me habla? ¡Cómo se atreve!

Miró no se achanta. No teme la cólera de un Dios en el que dejó de creer cuando su padre se descerrajó un tiro en la terraza de su casa. No va a permitir gritos de un prepotente con hábito.

—Mire señor Bonany, el único que no debería atreverse a alzar la voz es usted. Si no quiere, no conteste, pero no piense ni por un momento que va a zafarse de nosotros a base de retarme y mucho menos alardeando de contactos. Usted decide. O conmigo o contra mí.

Auxias ha bajado los brazos. Hundido en el sillón de su despacho, con la cabeza clavada en el pecho, el prior de Lluc medita durante unos segundos.

—Por favor, márchese.

—Como quiera. Bon día.

Apenas puede buscar el número en su móvil. Duda si marcar. A lo mejor ese chaval es su arcángel Gabriel, el que le viene a dar una buena nueva, que todo ha terminado, que tiene la oportunidad de poner fin a ese contrato que le ató de por vida al diablo. Porque Auxias no tiene duda alguna de que Estellrich es el maligno. Y se mortifica, lleva años haciéndolo, amargado, muerto en vida, con el alma pétrea al saber que ser su testafarro le convierte en cómplice, en el auriga de las tragedias aventadas por un miserable que un día le ofreció reconstruir su monasterio a cambio de derruirle a él.

—Hola Cati, necesito hablar con don Julián.

Renglones torcidos. Garabatos en su libreta. Fallos de guion. Estellrich araña nervioso la mesa mientras escucha los sollozos del prior. Deja que se desfogue, que incluso maldiga y hasta que suplique. Nota que su interlocutor está fuera de sí. Eso es peligroso para el negocio. Espanta a los clientes como el insecticida a las moscas. No puede saberse. Un escándalo de tal magnitud supondría el final de su empresa. Cree que los hurones de Hacienda no han llegado a tiempo de hallar la conexión. Pero lo harán, sin duda. Tiene que actuar rápido. El pecado de Auxias conlleva una penitencia. Se encargará Serguei.

EL BÚLGARO vuelve a estar frente a Estellrich. El usurero había asegurado que no le haría más encargos. No hasta que pasaran unos meses y la cosa se calmara. Pero nada se va a calmar. Al revés, todo se complica y ahora escucha de pie, nervioso, sudando, las instrucciones de su amo.

—Serguei, ¿conoces el efecto dominó? Tiraste una ficha y esa ha tirado otra y esa amenaza con tirar otra y esa puede acabar de tirarlo todo. Y al final

estoy yo. Ahora hay que parar el efecto dominó eliminando una ficha.

—Don Julián, ahora no puedo, usted me dijo que no debía...

—¿Tienes el dinero? Eran 60.000 euros.

—No lo tengo, pero lo tendré. La viuda me los dará.

—Y cómo lo hará ¿Por transferencia desde una cuenta en Suiza? No seas imbécil. Sobre todo, no creas que lo soy yo. No te pagará porque no tiene con qué. Me debe mucho más a mí. Así que digamos que este encargo salda parte de tu deuda y te permite ganar tiempo.

Un fraile. Serguei apioló a algunos en Bulgaria pero no esperaba tener que volver a hacerlo. No era creyente ni tampoco supersticioso, pero sabía que las sotanas hacen ruido al caer, atraen a los polis, a los periodistas, a los políticos. No le gusta el encargo, pero no le queda otra que saltarse su norma, la que le acompaña en su vida de sicario desde que era un chaval y su cicerone en el oficio se lo explicó como regalo de graduación. El cuerpo de aquel camello todavía caliente, un charco de sangre alrededor de su garganta, el mismo rictus de sorpresa que tienen todos los asesinados y que al becario de la parca siempre le hacía gracia. Anatoli terminó de limpiar la navaja y se giró hacia su aprendiz: «Serguei, sigue el olfato, si huele a mierda espera a que se seque porque la mierda fresca solo atrae a más moscas». A Anatoli lo molieron a palos ocho meses después. Colgaron su cuerpo del gancho de un carnicero y pusieron debajo un barreño con sus tripas. Cuando llegó Serguei a su mentor lo habían devorado las moscas y tenía un rictus de sorpresa dibujado en el rostro amoratado. ¿O era de pánico? Dio igual. Esta vez a Serguei no le hizo ni puta gracia. Se largó a Croacia para seguir con su prometedora carrera. Allí sabrían apreciar sus habilidades.

Biel Socías también fuma. A Natalia le extraña. Nunca le había visto fumar, ni siquiera en las cenas cuando él y su mujer eran invitados a su casa para que Tomeu alardeara de sus éxitos empresariales y paseara a su trofeo entre los invitados desperdigados por el inmenso jardín del chalet de Alcudia ahora en venta. Biel siempre se cuidó y estuvo en forma, pero todavía jadeante por el esfuerzo, se ha encendido un cigarrillo que saborea lentamente. Es lo que tienen los estereotipos, los clichés. Natalia siempre ha sabido de la debilidad de los hombres, de lo previsibles que son. Biel fuma porque es lo que toca después de un polvazo como ese. Se siente poderoso justo cuando es

más débil, más vulnerable a la leona de esta cacería. Y Natalia ya lo tiene donde quería. No quiere precipitarse, si le pide el dinero de manera directa el promotor dejará de creer en su conquista para ver solo a una puta con ínfulas. Y de esas puede tener las que quiera, más guapas, más altas y más jóvenes. Tiene que medir las palabras y calibrar los gestos. Ha gemido, pedido más y frenado al desbocado semental cuando quería penetrarla por el culo. No, por ahí no. No por ahora. No por menos de 60.000 euros. Biel apaga el cigarrillo e intenta alcanzar sus pantalones. Unos labios húmedos deslizándose hacia su entrepierna se lo impiden. Natalia gruñe, él ronronea. Una negociación dura.

Auxias Bonany no ha oficiado misa. Una presunta gripe lo tiene postrado en cama desde hace casi una semana. Todos los feligreses que se interesan por él reciben idéntica respuesta: «El prior está bien, no es más que un incómodo virus estomacal». Serguei resopla disgustado y se gira sin despedirse del solícito hermano de la congregación. Vuelve al *parking* y golpea con fuerza el volante. Una, dos y hasta tres veces. Hablará con Estellrich. Necesita más tiempo. No se puede matar a un espíritu.

—¿Qué quieres que haga? Es todo circunstancial, Antonio. Todo.

—Habla con tu novio, Marga.

—¡Mi novio! Desde que hablé contigo del puñetero caso no me dirige la palabra.

—¿Y no te parece raro?

—Es alucinante. Quieres, que investigue a Alto porque tiene mal genio. Vete a la mierda.

—Marga, solo digo que tengo una pista más que evidente de que existe una conexión entre su caso y el mío.

—¿Cuál?

—Coño, señoría, el prestamista.

—Te recuerdo, delegado, que el usurero no está acusado de asesinato, tampoco de instigarlo.

—Pues nada, lo dejamos y punto. Marga, no pensaba que te arrugarías la verdad. De ti no, te juro que no.

—Antonio, que te den. Para tocarme la fibra necesitas más que eso y además aprenderte el Aranzadi enterito.

Marga está cabreada. Sobre todo, porque Antonio la conoce muy bien.

«No lo esperaba, de ti no». Llamará a Alto. No se disculpará. No tiene de qué. Simplemente le contará lo que Antonio quiere que le diga. Y si Alto no ha perdido el olfato, irá a por el prestamista por algo más que los encargos extra del búlgaro. Si no lo hace, a lo peor es que el delegado de Hacienda tiene razón y su ¿ex? novio madero esconde algo. Veinte días de teléfonos mudos y se va a tener que comer el orgullo porque el delegado de la Agencia Tributaria tiene una corazonada.

—Hola, Marga. Cómo te va.

—Bien, Alto, bien. Tenemos que hablar.

—Como quieras, pero creo que...

—Es de trabajo, sobre tu prestamista.

—Ah, vale. ¿Desayunamos mañana?

—Ok. Adiós Alto.

«Alto, ¿quién era?». Quien lo pregunta es una morena con el pelo enmarañado que sigue intentando sin éxito volver a artillar el arma de Alto.

—¡Para coño! Era Marga.

La morena interrumpe la mamada porque de jovencita le enseñaron que no se habla con la boca llena.

—¿Y qué quería tu novia jueza?

—De curro, quiere hablar de curro. De nuestro prestamista. No me gusta nada. ¿Cómo vas con el búlgaro?

—Pues tendré que conseguir la pasta antes de volverlo a ver ¿no crees?

—Ya ¿y de cuántos polvos con el madurito empresario hablamos antes de conseguirla?

—¿Estás celoso?

—Más bien impaciente. El tiempo se nos está agotando.

—30.000. Biel me dará 30.000. Cree que es para tapar pachanas con el banco.

—Será suficiente, negocia con el búlgaro. Llámale.

—Para ti es fácil, no te ha dado de hostias.

—Calla, ven aquí. Ahora si noto un picor entre las piernas.

Follarse a la mujer de Cifre no entraba en sus planes cuando acudió a su casa una hora después de que la visitara el búlgaro. Allí, frágil y acojonada, ella lo soltó todo y se abrazó a Alto como una náufraga a un madero. Desde

entonces él la utiliza dentro y fuera de la cama. Natalia será la espoleta. Está en racha. Primero la jueza y ahora la viuda. Natalia está a cuatro patas y menea el trasero ante los ojos golosos de Alto. Siempre le ha gustado esa mezcla de dolor y de placer. Merece la pena. Por 60.000 euros o a cambio de protección. *Quid pro quo*.

AUXIAS APOYA el brazo en la cruz que corona la explanada del monte del Rosario. Al caer la tarde, con los peregrinos y turistas ya de retirada, le gusta subir hasta allí. No por estar cerca de Dios sino para contemplar su reino, el valle de Lluç, el Santuario, las montañas de la Serra. La belleza del paisaje le reconforta. Tiene clara su decisión, su viacrucis ha llegado a la última estación. Hablará con Hacienda. Se pondrá en paz con Dios y entregará el trono. Su orden le enviará a un monasterio en la península. Allí encontrará la paz que perdió por culpa de un *cap de fibló*. El prior musita aliviado la plegaria del peregrino:

«El rosari que jo us passaré
serà llarg com les gotes d'aigua
dels salts de vostres torrents,
a plena hivernada,
perquè són moltes les gotes llavors
com les llàgrimes.
El rosari que jo us passaré
serà trist d'enyorança...
Santa Maria, Mare de Déu de Lluç,
pregau per nosaltres...».

Es la misma que Estellrich le escuchó recitar aquella mañana de nubes aún negras, tejados desarbolados, tallas destrozadas y conciencias porosas. Creyó que lo que musitaba el doliente prior era latín. Auxias tampoco hoy oye al extraño que se acerca por detrás.

—ALTO, TENEMOS curro de los gordos.

—Qué pasa, Joan.

—El prior de Lluc, que lo han encontrado muerto. Despeñado al pie del monte del Rosario. Ahora hay que ver si se ha caído, lo han tirado o se ha suicidado.

—Joan, coño, los curas no se suicidan...

—Pues si no se ha resbalado estamos jodidos.

Son las nueve de la mañana y Alto llama a la jueza desde el coche patrulla. El desayuno se tendrá que posponer.

—Un Ibiza azul, ¿no? Vas con Joan. Os acabamos de pasar, vamos para allí. Recuerdas que soy jueza, ¿no?

Está dolida. Mucho. Herida por el desprecio de Alto. Ha aprendido a hablar como él, a ser igual de macarra, de chula. Lo de Alsina no fue para tanto. No desde luego para que su novio inspector reaccionara cómo lo hizo. Por eso, porque se puso como una fiera ahora la titular del juzgado de instrucción ha abierto una íntima investigación al poli. Alto está bajo sospecha. La de Marga Valiente. Mala cosa.

—Bueno, para ti será más engorroso, nosotros iremos rápido, un tropezón...

—Ya... ¿Sabes qué pasa? Que Alsina te podría dar un motivo por el que tenemos al prior de Lluc con la cabeza abierta y la espalda hecha pedazos entre los pinos. Me da que no se ha resbalado. Lo han matado.

—¿Alsina? ¿Qué tiene que ver Alsina con el prior?

—Ay, Alto, tan listo para el logaritmo y tan tonto para el recado. De eso iba el desayuno. Oye, dile a Joan que acelere. Con suerte llegaréis antes de que el cuerpo empiece a oler.

Marga le pide al chófer que le pise. Quiere llegar pronto para irse cuanto antes. Estar lo menos posible con Alto. No solo porque aún le ama. O quizá solo por eso. Porque nada hay más doloroso que sospechar de aquel a quien quieres.

Como de habitual han llegado mucho antes que la policía. Con tiempo de sobra para disparar sus *flashes*. De lejos, para retratar los restos de un cuerpo con los órganos reventados que solo se sostienen en su sitio gracias al tejido

de arpillera de la sotana del prior. De cerca, para comprobar que Auxias debió caer sobre uno de los árboles de la ladera porque tiene clavada una rama de pino en una pierna y otra cerca de la mejilla. Los fotógrafos se vigilan unos a otros mientras maldicen no tener cobertura para empezar a enviar imágenes a sus redacciones. Las fotos del prior como un Cristo a los pies de su monte Carmelo les pueden arreglar el mes, mucho más si logran colocarlas en Madrid antes de que lo haga el vago de la agencia Efe. Son tantas moscas revoloteando alrededor del panal de rica miel que hay que aplicarse para lograr diferenciarse. La foto buena, la que mejor se pagará el segundo día, es la de Auxias sin dientes, con todos los huesos de la cara rotos. Sería de portada de web si las agujas de pino que tiene en el pelo estuvieran más juntas. La cruz al fondo, en lo alto y Jesucristo Bonany caído a sus pies. Pero falta retocarle la corona de espinas. En eso anda Marcelo, agachado con su objetivo en una mano y unas agujas de pino en la otra cuando una patada en el culo le hace caer junto al cadáver.

—Marcela, guapa, eres el típico maricón brasileño tocapelotas.

—Joan, a mí no me puede...

Joan agarra de la pechera al mulato y acerca su rostro a la oreja cuajada de aros del fotógrafo *freelance*.

—Mira, locaza, tú me vas a permitir eso y mucho más porque de lo contrario te devuelvo a tu país para que te revienten el culo una manada de negros, que además te gusta. Me paso tus derechos por el forro de los cojones. A ver si ahora te vas a poner digna.

Si Marcelo se achanta es porque bastarían dos llamadas de Joan y los menores con los que le pillaron en la sauna de Santa Catalina cantarían *la traviata*. No lo hizo porque a Joan le interesa tener a un fotógrafo de sucesos en nómina.

Como el resto de fotógrafos todavía se están descojonando de Marcelo y además saben que con Joan y Alto no hay bromas, bajan sus cámaras y dejan que los inspectores de Homicidios hagan de matones por un rato. Total, gracias al forestal de Escoria ya tienen el álbum que querían. El muy cabrón llamó antes a los buitres con cámara que a la policía. Cien euritos para su exigua nómina.

—A mamarla. Fuera de aquí hostia. Y eso os incluye a vosotros. Menudo

cordón de mierda que habéis montado, cojones, si parece la alfombra roja.

A Alto le gusta la osmosis de Joan. Su compañero le imita ¿o es al capitán Haddock? Da lo mismo. Porfiar, encabronarse, los insultos, los gestos espasmódicos, todo forma parte de la necesaria *performance* policial. Mucho más si los moscones rodean el cadáver y hay que espantarlos para que la señora jueza haga su trabajo. Marga ha elegido unos vaqueros ajustados, unas botas de monte y un jersey ancho de algodón que disimula, pero no oculta sus curvas. Lleva el pelo recogido en una coleta. Está muy guapa con la cara lavada. Alto la observa manteniendo la distancia. Todos los efectivos desplazados a Lluc saben que fue, ¿sigue siéndolo?, el semental de la jueza. Un tipo envidiado por todos. La Bella y la Bestia en poco ingenioso apodo pero que no describe mal del todo la relación entre ambos. Ahora la bestia es ella. Dando instrucciones claras, directas. Es la jefa y ni dios en esa empinada pendiente llena de matorrales tiene ninguna duda. Sí, Alto nota un cierto picor. Quizá lo vuelva a intentar.

Los polis locales se alejan murmurando maldiciones en mallorquín. La cosa es que los chulitos de Palma tienen razón. Digamos que el cordón era algo poroso. Si los foteris quieren pasar pues pasan. Que luego llega la comunión de los críos y todos los agentes de pueblo quieren ahorrarse el dinero del álbum. Total, Auxias Bonany, prior precipitado del monasterio de Lluc, no les va a demandar por invadir su intimidad.

El comisario jefe carraspea. Señal inequívoca de que está nervioso.

—Asesinado ¿dices?

—Hombre, nosotros no lo descartamos, como tampoco el suicidio.

—No puede ser, Alto, no enrede. Un cura no se suicida, hombre.

—Pues si el fraile no se ha resbalado estamos jodidos.

Alto y Joan se parten el culo en el coche pensando en la cara de Aymerich al otro lado del teléfono. El rostro es el de un tipo azorado, lívido, de labios resecaos al que la corbata ya no le aprieta, sino que le ahoga. La espalda empapada se pega contra la silla de piel. Aymerich se levanta para subir el aire acondicionado y recuerda las veces que ha visto a Auxias. No el prior de Lluc sino el cobrador de Estellrich. Cuántas veces en la notaría del *hijodeputa* de Ignacio Riu se han tenido que ver las caras él o sus amigos con el monje de paisano convertido en receptor de una casa, un cuadro, una finca y hasta unos

caballos por las deudas contraídas con el prestamista. El prior firmando unos papeles como apoderado de una sociedad de nombre extrañísimo, cree recordar que en latín, y marchándose de allí a toda prisa. Nunca lograron que el notario les explicara nada. Secreto de confesión bromeaba el canalla, cómplice necesario en toda la trama urdida por el prestamista para opacar el dinero expoliado a sus víctimas. Aymerich no sentía la muerte del prior, pero deseaba que fuera accidental. Tenía que serlo. De otra forma, si resulta que había sido asesinado, a él solo se le ocurría un motivo: que hubiera fallado al prestamista. Un prior asesinado es una investigación para aclarar los motivos. Desgraciadamente para Aymerich, a Bonany no se le conocen líos ni de faldas ni de pantalones. Nada que desvíe las miradas ni señale a otros verdugos. Tarde o temprano llegarían al usurero. Y con él a sus clientes. Necesita que sea un accidente.

El informe del forense no aclara nada. Si hubo marcas en su espalda de haber forcejeado, la caída de más de quince metros las había borrado, mezclado por las producidas al chocar contra las rocas y clavarse las ramas. El cuerpo de Auxias Bonany no aportaba pistas que reforzaran las sospechas de Marga Valiente, que la ayudarán a mantenerse firme ante las presiones de las fuerzas vivas que le conminaban a cerrar el caso cuanto antes. Auxias ni se suicidó ni lo asesinaron. El prior se resbaló y punto. Pero a Marga los presuntos poderes fácticos no le acobardan. A la hija del catedrático le va la marcha. Si es un asesinato hay alguien que se va joder y al que le va a tocar trabajar mucho. Por eso aprieta al forense, un tipo ya de vuelta tras años de oficio.

«¿Que si pudieron tirarlo?». El médico no suelta el bisturí con el que ha diseccionado el cuerpo del prior. Su joven ayudante sigue disparando fotos. «Sí, pueden haberlo asesinado, pero más que un forense me temo que va a necesitar a un perito. Porque lo único que puede ayudarle a desentrañar el misterio es una parábola, la descrita por un cuerpo al caer, la distancia recorrida desde la base de la cruz hasta el lugar del primer impacto; el tamaño y profundidad de las pisadas por si el prior tomó o no carrerilla, la parte del cuerpo que impactó primero con los árboles...». Un trabajo de chinos que además costará un potosí a las raquíticas arcas de Justicia. Quizá pueda, pero no debe meterse en semejante charco sola. Necesita de Antonio Alsina y

también de alguien a quien no traga: el fiscal jefe de Baleares.

ALBERT ENSEÑAT les acompaña hasta la puerta. Apenas un apretón fugaz. Suficiente para confirmar lo que Marga y Alsina temían tras una hora de cortante y huidiza conversación. Señales. Simples pero prístinas. Los dedos amercillados tamborileando sobre la mesa de nogal. El brillo en la frente. Las miradas constantes a un teléfono de mesa que no suena. El cerco alrededor del cuello almidonado. Señales todas de que tras el «Marga, perdona, pero no lo veo» había algo más. La Fiscalía no iría de la mano de la jueza porque el fiscal jefe no ve indicios suficientes como para enterrar los cuartos en una investigación pericial sobre la muerte del prior de Lluc. Pero no es lo que dijo el zampabollos de Enseñat. Concretamente fue: «Vamos, Marga, no procede y punto». Es decir, que alguien jerárquicamente por debajo de ella acababa de sugerirle, casi ordenarle, que dejara de describir sospechosas teorías sobre la forma de caer de Auxias Bonany. Alguien preocupado solo por devorar canapés, manosear jovencitas argentinas y entorpecer en todo lo que se le ocurriera la labor de los fiscales Anticorrupción para congraciarse con los políticos que le mantienen en el cargo acaba de encararse con una jueza. No una cualquiera, con la novia, ex mejor dicho, de Iñaki Altolaguirre. En Palma todo se sabe casi en tiempo real y Enseñat puede que flote en el cargo por pelota y maniobrero, pero no desde luego porque sea tonto. Su moral laxa le dicta que lo que más les conviene a todos es que la magistrada y el delegado de Hacienda no aten cabos, porque si el prior ni se ha resbalado ni se ha suicidado entonces es que alguien ha encargado su asesinato. Tardarán más o menos tiempo, mirarán debajo de la última sotana de la isla y seguramente tendrán que sortear las añagazas del obispado, pero al final alguien descubrirá la fortuna por delegación de un prior hijo de payeses que salvo sorpresas no ha heredado tierras de ninguna feligresa podrida de *doblers*. Por eso, porque el prior ha sido víctima de un resbalón, a Enseñat se le ocurre que la mejor forma de corroborarlo es implicando en la desactivación del problema al culpable de sus desdichas. Todo eso pasa por su cabeza mientras cierra la puerta. El miedo tiene esa capacidad, ese efecto que activa como un resorte hasta la mente más abotargada. El orondo fiscal jefe quiere sortear la amenaza,

la que ve ahora y no calibró cuando participó en el encargo. Entonces se sintió como un *senyor* dando órdenes a un *foraster* con placa. Ahora tiene miedo y con miedo puede que lo que se piense no sea lo mejor pero sí lo más rápido. Los ve alejarse por los pasillos de la Fiscalía y concluye que esto tiene que acabar cuanto antes, que Marga Valiente no cederá y que Alsina tampoco, que tirar de un hilo les llevará a otro y al final de la soga están ellos, los deudores. ¿Y sí...? Acaba de tener una idea, puede que no sea brillante pero es la que hay en su cabeza mientras cierra la puerta tras los pasos de esos dos aguafiestas.

DICE QUE sabe qué ha encargado y quién lo ha ejecutado pero el interpelado no abre la libreta de piel. Sube el volumen porque así lo ha ensayado durante tres días, los transcurridos desde que le pidió cita. Ha practicado, memorizado qué decir y el tono, la gestualidad. Todo verbalizado según lo ensayado. Pero no abre la agenda. Le recuerda su posición, le aclara lo que le conviene y lo que no. Pero no abre la agenda. Se acerca, apoya los nudillos en la mesa, el cuerpo hacia adelante y grita: «¡Le digo que sé que a Bonany se lo ha cargado su búlgaro!». Y entonces Julián Estellrich suelta una cifra. Sin abrir la agenda.

—167.000 euros.

—¿Cómo dice...?

—167.000 euros. Señor fiscal jefe, ahora le voy a explicar lo que yo sé. Sé que es usted jugador y putero. No censuro sus aficiones porque de no ser tan malo en una cosa y tan obseso de otra nuestra relación no sería la que hoy es. Usted ha entrado en mi despacho porque creía que podría dejar de ser mi cliente, uno de muchos años, tantos como lleva perdiendo al *poker* y consolándose en un catre. Pero ya lo ve. La agenda sigue ahí, cerrada. No me hace falta abrirla porque sé de memoria lo que me debe, cuándo debe abonármelo y que no duraría ni un día en su puesto si se hiciera pública la forma tan poco ortodoxa que tiene de equilibrar sus cuentas domésticas. Ha venido con la pretensión de hacer otros negocios, pero aquí solo se ejerce uno. Usted pide dinero y yo lo presto. No me importan sus amenazas, porque sé por lo que me debe que es un pésimo jugador de *poker*. El suyo es un farol, el de un hombre desesperado que creyó que hoy podría cambiar las tornas: ser usted

el prestamista y yo su deudor. Ya ve que se equivoca. Mi libreta sigue cerrada y lo seguirá estando porque solo hay dos motivos para abrirla: que traiga el dinero para abonar su deuda o bien que necesite más y tenga que anotar otra cantidad. Lo primero ya veo que no. Lo segundo no tengo intención de hacerlo porque también recuerdo que en la agenda además de anotar su nombre, la cantidad y la fecha, pone en rojo «problemático». ¿Sabe por qué lo pone? Porque algún día usted cometería este error: creer que puede amenazarme porque es el fiscal jefe de Baleares. Tiene veintisiete días para devolverme mi dinero. Cati le acompañará a la puerta.

Julián Estellrich se asoma a la ventana. Le resulta curioso. Siempre en la misma esquina. Siempre la misma pared. Enseñat boquea mientras apoya su corpachón adiposo en el escaparate del chino. Esta vez el amarillo no se acerca a recriminar nada. Ya se ha cansado de hacerlo. Son demasiados los que salen del portal de enfrente lívidos y resollando. No sabe la razón. Estellrich, sí. Darwin. Solo eso.

EL SÁNDWICH de huevo y atún, el Vichy Catalán, la mamada de su secretaria y hacerse él mismo la manicura. Le gusta arreglarse las uñas en la mesa del despacho. Ver los restos de piel muerta cayendo sobre la madera raída. Estellrich no es un hombre de rituales sino de costumbres. Que le interrumpan en su rutina como ha hecho Enseñat no le gusta nada. No han quedado perfectas. Desiguales, algunos pellejos, puntas sin redondear. Golpea la mesa con fuerza. Hay algo que no encaja. Qué hace el fiscal glotón tratando de extorsionarle de manera tan burda. Qué sabe en realidad. Cómo ha llegado a la conclusión de que él ha encargado el asesinato del prior de Lluc. Demasiados interrogantes para una sola certeza: el búlgaro se ha convertido en un problema, un gasto que ya no compensa tener. Es hora de hacer un ERE en su peculiar empresa. El problema es que de Serguei no se puede prescindir con una carta de despido. Tampoco encargando su muerte porque nadie del oficio tendría el coraje para hacerlo ni la discreción para callarse en caso de reunir el valor suficiente para apiolarlo. Además, ya ha constatado que sangre llama a sangre. Es hora de parar la hemorragia. Tendrá que pagarle por desaparecer. Julián Estellrich está acostumbrado a ser él quien cobre. Bebe agua y entonces

se da cuenta. Está temblando. Las manos, son las manos. El hormigueo en las piernas. Como hace más de cincuenta años. La primera vez. La única hasta hoy. Entonces vio a su padre inmóvil frente a aquel hombre gimoteante. Diez pasos detrás de su padre. Junto al coche. Donde le había ordenado Gabriel Estelrich. «Julián, observa». Y entonces empezó. Primero la mano derecha, luego la izquierda. Quiso alejarse aún más, pero las órdenes de su padre eran claras. «Quédate justo ahí y atiende». Aquel hombre estaba de rodillas, agarrado a la pernera del pantalón de su padre. Suplicaba, mentaba a sus hijos, la carrera que no les podría pagar, la vergüenza, «por Dios se lo pido, un mes más, deme un mes más». Julián tiene apenas doce años. Cree que siente pena. Debe ser eso. No lo sabe seguro porque nunca antes le había pasado. El nudo en el estómago, la garganta seca, el corazón palpitando y los ojos vidriosos. Se secó una lágrima y esperó a que todo terminara. Cuando su padre se giró hacia él sus ojos estaban secos pero los temblores no habían pasado. Ahora temblaba de miedo. Esa sensación sí la había tenido antes. Cuando su madre le llamaba a la mesa los domingos, el único día que compartía manteles con aquel hombre macerado en silencios, de mirada fría, que hablaba a Concha con desdén y a su único hijo con cortante autoridad. Miedo porque es la primera vez que acompaña a su padre al trabajo y siente pavor a que don Gabriel se haya dado cuenta de que su *hereu* se apiada de la clientela. Han pasado cincuenta años y su mano izquierda a duras penas puede frenar el temblor de su mano derecha. «Julián, abre la libreta y repasa. Ahí está todo. La mierda de mucha gente. Póstate en ella porque en su desgracia hallarás el sustento». «Sí, padre».

ESTÁ AGOTADA. Remolonea en la cama. Cuando el hombre no quiere oficializar una relación, los horarios de los polvos son intempestivos: o muy de mañana o muy de noche. Son las seis y media y Biel sigue en la ducha tarareando a Julio Iglesias, algo, supone Natalia, propio de la cincuentena. Ella no, ella prefiere dormir un poco más. De traerle el desayuno a la cama ya se encargará Irina. Cuando suena el móvil hace poco más de diez minutos que se ha marchado su nuevo semental.

—¿Ya se ha largado tu chulo?

—No es mi...

—Voy a subir.

—Dame diez minutos.

Irina se cruza en el portal con Serguei. La señora acaba de mandarle apresuradamente a la compra con una lista kilométrica. Afortunadamente para el sicario, como la inmensa mayoría de los edificios palmesanos el de Natalia tampoco tiene portero físico e Irina apenas repara en él. Está demasiado ocupada pensando que ya ha pasado casi un mes desde el funeral y todavía no le ha dicho a la señora que quiere cambiar de patrona, buscar una casa donde si trabaja lo mismo que al menos le paguen en tiempo y forma. En Rumania se acumulan las deudas y su marido sigue gastándose lo que ella le envía en los bares de Sibiu. O eso es lo que quiere pensar. Sería demasiado difícil de soportar que además de empinar el codo, Atanase también cortejara a otras mujeres con el dinero que tanto le cuesta ahorrar fregando suelos y limpiando mocos. Es lo que le dice su madre, que no se fie, que ya era un cabrón cuando lo conoció y no ha dejado de serlo ahora, que a la niña la lleva hecha una piltrafa, que refunfuña cuando le pide dinero para unos zapatos nuevos y que cada vez le da menos para los gastos de una casa, la de la abuela, que tiene que mantener ella sola. Costina preferiría que su hija le enviara el dinero directamente, pero crio a Irina como antes la educaron a ella. En casa y fuera manda el hombre. Le guste o no, ese borrachuzo es el cabeza de familia.

Natalia opta por una camisa amplia, unos pantalones anchos y unas bailarinas. Nada que realce sus curvas y pueda poner lo suficientemente cachondo al búlgaro como para que se quiera cobrar parte de la deuda en carne. Ya no le tiene miedo, pero tampoco es cosa de provocar a la bestia. Cuando le abre la puerta por segunda vez en su vida quien cruza el umbral es un animal herido y no el psicópata que en la primera ocasión le dejó seminconsciente de un puñetazo en la sien.

Serguei está asustado porque el jefe le ha vuelto a citar. No ha sido Cati sino el propio Julián Estellrich quien le ha llamado porque «hay cosas de las que tenemos que hablar, problemas que solucionar y decisiones que tomar». Memorizó la frase. Desde que recibió la llamada ha estado elucubrando, tratando de diseccionar las palabras de su patrón. ¿Qué problemas? Ya se ha encargado del prior y nadie creerá que ha sido asesinado. Es muy bueno en su

trabajo. No le costó nada. Ni le vio llegar. Ahí estaba, apoyado junto a la mole de granito en forma de cruz. Murmurando una letanía que fue la última. Cuando quiso darse cuenta, estaba volando, braceando como si el cielo tuviera asideras. Le vio caer, ensartado entre las ramas, la cabeza abierta, los huesos rotos. Ni tan siquiera se molestó en borrar las pisadas. El prior se resbaló, eso decían los periódicos. Así lo había previsto. Nadie en la prensa planteó la posibilidad de que a Auxias Bonany le hubieran empujado. ¿Quién iba a querer matar a un hombre pío, a un siervo de Dios? ¿Qué decisiones? La suya ya la ha tomado. Aceptará un último trabajo y no será precisamente un encargo del prestamista. Prefiere lo apalabrado con Natalia. Además, ella no le da miedo. Le gusta. No es una zorra tonta. Al revés, es lista, tiene coraje y le mira de frente. Cuando acabe la tarea puede que se la tire. Si todo va como toca hasta la dejará vivir. Pero solo si le encaja. Ya lo verá, ahora toca cobrar su pasta. La que ha pactado para acabar con su jefe. A la secretaria invita la casa.

Un amante poli, un proyecto de marido y hasta un sicario de cabecera. Natalia sonríe satisfecha. El búlgaro ha aceptado los 30.000 euros como primer pago por el trabajo. «Me debes otros 30.000. No te olvides porque vendré a cobrarlos». Eso cree él. Con suerte y si Alto no decide quedárselos, puede que Natalia recupere el dinero invertido. Sí, tiene motivos para volver al gimnasio y descojonarse de todas esas focas que apenas caben en las mallas. Nunca les dio pena. Ahora vuelve a darles envidia.

Una carnicería. El cadáver de Cati aún chorreaba sangre. Un cerco pringoso que la alfombra del vestíbulo apenas había absorbido. La habían degollado para sacarle la lengua por la garganta. El madero más joven seguía paralizado, apoyado en la mesa, respirando con dificultad. «Jaume, coño, cierra la ventana. Esto se está llenando de moscas. Llama a la comisaría a ver cuándo cojones piensa venir Alto». No hizo falta. Altolaguirre acaba de entrar por la puerta. Se enciende un pitillo. Sonríe al novato y le pasa la mano por la espalda. Está empapado.

—Jaume, macho, cualquiera diría que has visto un cadáver.

—Déjale en paz, mamón. ¿Has visto a la secretaria? Le han hecho la corbata. Cosas así no las hacen en tu tierra ¿eh? En las Vascongadas un tiro en la nuca y a esperar a que ETA reclame la autoría. Así cualquiera.

—Claro, Joan, claro. Anda que ibas a durar tú mucho en Hernani con la

pinta de madero panzudo que tienes. Venga, dime qué hay en el despacho.

—Pasa, pasa. Te va a encantar. No falta de nada. Le han hecho un completo.

El inspector Joan Planells tenía razón. Al usurero le habían clavado las manos a la mesa de su despacho con dos punzones. De la brecha del cráneo le salía un grumo viscoso.

—Que ensalada de martillazos. Parece Atapuerca. Alto, vamos a estar recogiendo restos hasta mañana.

Esta vez Altolaguirre no dijo nada. Estaba concentrado en la habitación.

—Oye, Joan. ¿Cuándo llegasteis estaba así? ¿No habéis encontrado nada? No sé, un ordenador, papeles, una agenda, lo que sea.

—No Sherlock. Vacío salvo por el fiambre y las jodidas moscas. ¿Te has fijado? Está lleno. El cabrón era tan agarrado que seguro que no encendía ni el aire acondicionado.

—Vamos, Joan. Te vendrá bien sudar un poquito. Te estas poniendo fondón. Me piro. Si don Julián se levanta me das un toque y vuelvo, ¿vale?

—Vete a tomar por culo.

ALTOLAGUIRRE BAJÓ al portal. Lleno absoluto. Todos los moscones de Palma se arremolinaban alrededor del cordón policial. Reconoce a Marcelo. Sabe dónde colocarse para sacar las mejores fotos. El brasileño es tan bueno como maricón, piensa. Sonríe al inspector. Como insinuándose. Por la mirada de Alto entiende que no ha sido buena idea. No, no es tan listo, le puede la entrepierna. Los plumillas rodean a Alto, que no acelera el paso, pero tampoco lo frena. Sabe que ninguno de ellos se atrevería a golpearle con la alcachofa. Conocen sus límites y que el de Alto es meridiano: el que le toque los cojones se queda un mes en el dique seco. A la becaria del *Diario de Mallorca* nadie le ha advertido del código del inspector Iñaki Altolaguirre. «¿Qué nos puede decir del crimen? ¿Tienen algún sospechoso?». Ahora sí Alto se para. La chica no se ha percatado de que sus compañeros de guardia también se han detenido dos metros más atrás, cosas de veteranos. «Claro, justo ahora voy a detener al principal sospechoso. Apunta guapa: Pau Albertí ¿Lo tienes? Mira, una primicia en tu primer día». Un alud de hirientes

carcajadas rodean a la chiquilla. Ella no sonríe, bastante tiene con intentar recuperar el color. Luego en la redacción se enterará de que ya le han puesto mote: Gusy Luz. Y el autor de la celebrada comparación con el muñeco de cara rojiza e iluminada ha sido Pau Albertí, director del periódico.

Alto se sacudió un par de periodistas de encima camino de la Plaza Mayor. Marca un número corporativo.

—Elena ¿está el jefe superior? Sí te lo paso.

—Ya está. Hecho.

—Cojonudo, Alto. Eres un *crack*. Anda, vete a por el matón y procura que se te resista.

A Serguei lo cazaron cuando salía del garaje de su casa. El búlgaro intentó huir. O al menos eso quiso interpretar Altolaguirre. Fueron dos tiros. No necesitó más. Uno en el hombro, para afinar. El segundo destrozó el visor del casco y atravesó la cuenca del ojo izquierdo del desdichado sicario. Alto estaba satisfecho. Tan buena puntería como cuando era cadete y los instructores perdían todas las apuestas contra el novato. Se agachó para abrir el trasportín de la moto. Guardó la libreta en el bolsillo de su chaqueta y se giró hacia su compañero que llegaba corriendo con la pistola en una mano y el corazón en la otra.

—¿Estás bien Alto?

—Vete al zeta y llama a la comisaría. Rápido.

Esperó a quedarse solo. Volvió a sacar la agenda y buscó un nombre. Allí estaba. Señalado en rojo: «Pere Aymerich. 377.000 euros. Vencimiento, tres de septiembre».

Arrancó la hoja. El jefe superior tenía razón. Aquel día cuando le citó en la *possessió* de Porreres él y sus pares se lo dejaron bien clarito: «El búlgaro al que sigues es el mamporrero de un prestamista de la calle Sindicato. Bórranos de la agenda de ese cabrón y la brigada de homicidios es tuya». Por una libreta de piel acabó el búlgaro baleado. Visto de otra manera, por ella Alto se convertirá en el primer inspector jefe ascendido en Baleares. Nada menos que el puto amo de la brigada de Homicidios. Si hombre, los polis de verdad, los que van de paisano, en coche camuflado y su horario lo marcan los muertos y no las meadas y vomitonas en Punta Ballena.

IÑAKI ALTOLAGUIRRE se veía guapo en las portadas de los diarios. Le sentaba bien el uniforme. Había adelgazado. Ya no tenía tripita. La medalla al mérito policial por acabar con la racha de asesinatos que asolaban la isla lucía en su charretera. Dorado y rojo sobre fondo azul. Magnífica combinación.

El delegado del Gobierno aprovechó los micrófonos para anunciar una primicia. El jefe superior de Policía le había solicitado el ascenso para el inspector Iñaki Altolaguirre y ni al ministro del Interior ni a él se les ocurría un nombre mejor.

Esa noche, Alto sacó a cenar a la jueza para celebrar su ascenso a comisario jefe de la brigada de Homicidios.

—Marga, mi jefe tenía razón. Se pueden matar moscas a cañonazos.

El colofón a su semana de oro sería volver a calzarse a la jueza. Pensaba que le diría que no a lo de cenar, pero ahí está, la blusa escotada, la falda ceñida, la melena suelta. Todo fluye salvo porque Marga no sonríe, porque aparta la mano que él pretende coger, porque tiene una pregunta que hacerle, solo una.

—Un ascenso. ¿Solo eso por vender tu alma?

—De qué cojones hablas Marga.

La jueza se levanta. No quiere un espectáculo a lo Pimpinela. Lleva tiempo cocinando una tesis con Alsina en la que lamentablemente Alto es el ingrediente principal. Puede que nunca lleguen a trincarlo, el caso se ha cerrado a la mallorquina y desde Madrid parecen satisfechos con el resultado. Ella no.

—Sabes Alto, lo que más me jode es que pienses que soy boba. Me duele que me tengas en tan poca consideración. Seguramente nunca podré demostrarlo, pero prefiero mantenerme alejada de la mierda. Sigue matando moscas. Cuídate Alto. Tu padre tenía razón.

HAN PASADO dos años. Marga ya no vive en Palma. La acaba de ver en la televisión. Fugazmente. Apenas una silueta que cruza detrás del redactor de Tribunales de Antena 3. El tipo entra en directo desde la sede de la Audiencia Nacional. Por lo visto el desfile de políticos enmerdados por corrupción durará varios días. Y ahí está Marga Valiente, con su toga y su melena. Sí ella

tenía razón, era un txakurra, un perro que solo busca su beneficio. No necesita que nadie le cuide. Ya lo hace él. Y la libreta. La que guarda en una estantería llena de libros que nunca leyó. Ha dejado la ventana abierta. Después de dos inviernos y una meticulosa poda, el limonero ya da sus frutos. Se asoma al balcón. Está lloviendo. A mares, como si alguien hubiera dejado abiertas las esclusas del cielo. Pronto el agua de la riera que nadie limpia desde hace años acabará por inundar el centro de la ciudad. Es lo que tiene desviar a los bolsillos del *conseller* el dinero para conservación de cauces. Cosas de los concursos amañados. Le ve llegar aferrado a su paraguas. Pero hoy en Palma la lluvia es tan cabrona que cae de lado. Tiene el pecho y las piernas empapadas. Inútil buscar refugio debajo de los toldos de los comercios. Alto sonrío desde su atalaya. El pobre diablo ha venido a verle con los puñeteros Tod's de piel.

—NATALIA.

—Sí, don Ignacio.

—Viene Telmo Alemany, hoy le vence el plazo. Hazle esperar veinte minutos.





AGUSTÍN PERY RIERA (Cádiz, 1971) estudió Ciencias de la Información. Durante 23 años trabajó en el periódico *El Mundo* donde ocupó diferentes puestos. En 2007 fue nombrado director de *El Mundo/El Día de Baleares* y hasta 2013 destapó junto a su equipo varios de los escándalos de corrupción política más relevantes en la historia de Mallorca. Fruto de esas experiencias es *Moscas*, su primera novela. En la actualidad vive en Madrid y trabaja en el diario *ABC*.